American Freedom of Labor
127 Assailston, St. N. W.
LONDRES (Inglaterra)



EL OBRERO EBANISTA

Órgano del Sindicato de Obreros Ebanistas, Similares y Anexos

ADHERIDO A LA F. O. R. A., F. O. L. DE B. A. y F. DE T. EN M.

AÑO XIII — NÚM. 96 | BUENOS AIRES, SEPTIEMBRE DE 1920 | REDACCION: BELGRANO 2545

Int. Instituut
Soc. Geschiedenis
Amsterdam

AUTONOMIA

La autonomía del individuo dentro de su sindicato, o la del sindicato dentro de la federación, es la facultad de accionar por cuenta propia, pero con arreglo a las conveniencias del conjuuto del cual se forma parte.

La acción particular que no contemple las necesidades de ese conjunto por atender a las propias, lesionando así los intereses de la mayoría, es una acción exclusivista, independiente, corporativista o personal, pero de ninguna manera la acción correspondiente a las unidades que defienden sus intereses de fracción sin perder de vista los intereses de las otras fracciones a las cuales se está vinculado por un fuerte interés común.

Por eso autonomía no significa libertad absoluta, término abstracto y sin significado en la vida real, sino la acción limitada por aquellos intereses a los cuales se debe respeto y acatamiento por ser iguales o parecidos a los propios.

Fuera de la autonomía, de esa manera de obrar con sujeción a los intereses de todos antes que a los de unos cuantos, no sería posible la coalición de los trabajadores, esa organización revolucionaria que se basa en el propósito de combatir y destruir al capitalismo.

La organización para ser fuerte requiere mucha homogeneidad; hecho posible cuando las partes que la componen sacrifican sus particularismos en beneficio del interés general. Sólo de esta manera se gana en conjunto lo que se pierde en parte, con el resultado positivo de un beneficio general que a todos alcanza.

De otra manera no hay organización posible, lo que equivale a decir que no hay posibilidad de reñir batallas con el capitalismo para imponerle condiciones.

Si cada cual pospone los intereses del compañero a los suyos, o el grupo de compañeros de un taller dado antepone sus conveniencias a las de los muchos grupos de talleres que componen el Sindicato; si se practicase independientemente la acción, atento cada cual a satisfacer su egoísmo, bien pronto tendríamos el quebrantamiento de la organización y con él la pérdida de las conquistas duramente arrebatadas a los capitalistas. La lucha de clases que va gestando la liberación de la clase trabajadora degeneraría, por ese procedimiento, en lucha de competencia entre los mismos trabajadores; y lo que hoy es una infamia—el crumiraje—sería en tal situación la característica humillante de los trabajadores. La ilusión de que se pueden mejorar las condiciones propias, desentendiéndose de las condiciones en que se encuentran los demás, conduciría inevitablemente a todos a la ruina, que en tal caso estaría significada por la derrota y la incapacidad para emanciparse.

De más está decir que el capitalismo sería el ganancioso en tal trance; su orgullo alzaríase en relación con su poder aplastador, y él duraría, acrecentándose, cuanto durase el egoísmo que dividiese a los trabajadores.

La acción de los obreros organizados, debe pues sujetarse a las trabas que pueda oponerle la misma conveniencia de la mayoría.

Esa subordinación que aparentemente niega la libertad y sacrifica el interés del menor número, es la mejor garantía de la libertad y de los intereses en que ella se funda.

No hay posibilidad de acrecentar ventajas de pequeño círculo cuando ellas no son la característica de la situación del mayor número. Las mejoras del personal de un taller son en todo caso el resultado de la situación del gremio, y sería en vano debatirse por elevar ese nivel sin antes ser alcanzado por el conjunto de la organización.

Por otra parte, y en el caso de las excepciones, las mejoras parciales suelen ser de vida efímera, en razón de que no cuentan con la garantía del gremio que sólo se manifiesta por motivos de interés general.

Por estas razones, toda acción que se desentienda de los intereses generales está destinada al fracaso. Nopuede, pues, ser una acción independiente la que se realice cuando se pertenece a una organización, sino una acción encuadrada en el concepto de la autonomía y por el cual debemos considerar primero los intereses de los más para luego, en caso de no perjudicarlos, atender a la conveniencia de los menos.

Para llegar a este resultado no es menester violentar la voluntad forzándola a contemplar intereses que sólo un concepto equivocado puede suponer ajenos. Basta con observar que los intereses de un obrero son iguales a los de todos los obreros de su gremio, y que cuando se produce un resentimiento de los mismos, por aislado que parezca, es en perjuicio de los intereses de todos sin excepción. Con este criterio, indiscutiblemente racional, no hay violencias como condición previa del cumplimiento del deber, y cada cual defenderá complacido los intereses de los demás, convencido de que esa es la única manera de mantener los propios en buen estado.

La municipalidad y la carestía de la vida

La municipalidad parece haber tomado en serio eso de combatir la carestía de la vida, actualmente tan aguda que los mejores salarios carecen ante ella de significación.

Apresurémonos a decir que la municipalidad, organismo burgués como el parlamento, está labrando su fracaso.

La carestía de la vida, si bien ahora más amenazante que nunca, no supone una novedad en el régimen burgués, sino apenas una acentuación de lo que en toda época ha sido su característica dominante.

El costo de la vida siempre ha ido en ascenso y de manera gradual, no bastando para desfigurar este fenómeno el hecho de que algunos artículos hayan disminuído temporariamente de costo.

Y antes de que "nuestra" municipalidad se haya preocupado de eso, ya otras de diferentes países, y de todas las localidades, manosearon el asunto sin lograr otra cosa que una buena cosecha de fracasos.

¿Será más inteligente la municipalidad de Buenos Aires que cualquier otra, o contará con recursos extraordinarios que le permitan un éxito que otras autoridades similares no lograron?

Ni lo uno ni lo otro. No hace más que trillar el obligado camino por donde otras pasaron y forzosamente el punto de arribada no puede ser distinto.

Por de pronto ya piensa echar mano de un recurso por demás desacreditado: la cooperativa. Pues las cooperativas, por demasiado viejas se están cayendo podridas en Europa, sin dejar más recuerdo en los que en ellas creyeron que el del desencanto producido por el choque de la realidad con la ilusión.

Alemania, Inglaterra, Bélgica, etc., donde el cooperativismo había alcanzado un máximo desarrollo, países en los cuales hasta la luz, el transporte urbano y demás servicios indispensables habían sido sustraídos al monopolio de las compañías privadas, todo por la acción municipal para beneficiar al público, sufren el mismo azote y la vida es tanto y aun más cara que entre nosotros.

¡Ah!—se dirá—es que allá tienen sus cosas bien distintas a las nuestras: la guerra, las revoluciones...

Perfectamente; pero si el cooperativismo municipal no sirve para destruir esos factores que, unidos a otros, son la causa del encarecimiento, hay que confesar entonces que el tal cooperativismo y la municipalización de muchos productos no sirve más que para perder tiempo engañando al prójimo.

Dada la ligazón de unos pueblos con otros, debemos reconocer en nuestra carestía una consecuencia de la carestía europea, y por la misma identidad de relaciones entre causas y efectos, no creer desde ya en la eficacia de nuestras cataplasmas cuando las de Europa no dieron provecho.

Si la carestía es un fenómeno del capitalismo—esto no lo niegan ni los interesados burgueses—y la aplicación del cooperativismo deja intacto el régimen que lo establece, hay que admitir, para no correr el riesgo de pasar por tontos, la inocuidad del remedio.

Nada más anodino que ese intento de darnos de comer a precios baratos por un procedimiento que no evitó a los trabajadores europeos el hambre canina que actualmente pasan.

El comercio, la explotación, la guerra, la criminal sujeción de unos hombres a otros determinando el aherrojamiento del asalariado, son las causas de esa carestía que nos limita la existencia, y el cooperativismo mal puede contra todo eso desde que es una modalidad derivada del sistema, como lo es el militarismo en otro orden.

Sólo un corrosivo que destruya todo eso pondrá fin a la carestía; mas esto no es de las virtudes cooperativistas ni de ningún recurso burgués, y sí patrimonio de los trabajadores que se organizan en calidad de productores para dar fin al sistema capitalista que crea tantas anomalías.

DON JOSÉ.

La ética de los obreros organizados

Si no nos equivocamos, parece que vamos cayendo en la cuenta de que toda la obligación y las actividades de los obreros organizados sindicalmente, no deben concretarse a pagar puntualmente las cuotas mensuales, conservar las efímeras conquistas y nada más.

Errados estamos si hacemos tomar cuerpo a tal creencia. Es necesario, se hace indispensable una propaganda oral o escrita pero lo más extensiva posible para desbaratar equivocación tan perniciosa y deletérea.

A menos que los obreros organizados no tengan por conquistas definitivas, las cuarenta y cuatro horas semanales y el mínimo del jornal que apenas da con que vegetar; a menos que los obreros sindicados, de distracción en distracción, se llevan hasta abstraerse por completo de la vida sindical, sea cual fuere se impone un enérgico llamado al deber y a la responsabilidad de todos los sindicados.

Hay que sacudir fuerte ese letargo, esa incuria de los obreros organizados. El número, nadie lo niega, es un factor principalísimo, pero no basta. Es preciso algo más, difícil de obtener de improviso, como ser: acción y facultad individual. Requisitos indispensables para asegurar el triunfo y la misión llamada a desempeñar por los sindicatos en el momento de caducar el inicuo e infame regimen capitalista.

No se crea esto fantasía de alucinados.

Todos los días nos vienen los ecos desfigurados del grande drama que allá en el oriente europeo toma cada vez más contornos de un inmenso cataclismo.

Este drama, o mejor dicho, esa grande tragedia que dura desde hace tres años, apenas está en el principio del acto primero.

Podríanse citar también las intensas agitaciones obreras que en todas partes mantienen en constante alarma e intranquilidad a la burguesía, falta de escrúpulos y perversamente criminal.

¿Acaso por aquí no se camina sobre un suelo en conmoción?

Es desconsolador en un momento de tanta ansiedad, tal vez nunca experimentada, ver a los obreros organizados de la Argentina empeñados en luchas internas por motivos doctrinarios o de orientación; y más desconsolador aun: ver miles y miles de obreros organizados acudir a la prensa enemiga, a la prensa burguesa, cuando bien podrían contar con un diario órgano propio, capaz de ilustrarlos y de satisfacer sus necesidades.

Razón tiene la burguesía al frotarse las manos jubilosamente conociendo como nadie el poder tóxico del veneno destilado finamente en las toneladas diarias de papel impreso.

Mientras los obreros organizados sean clientes de la prensa burguesa, resultará prematuro hablar de conciencia y de fe en el porvenir. Y es sabido que sin conciencia y sin fe no hay abnegación.

Son conocidos los sacrificios que se hacen para dar vida a periódicos de propaganda sindicalista.

Lástima que la ímproba labor de unos cuantos compañeros, por falta de apoyo y de estímulo, casi resulte estéril.

Nadie se siente capaz de negar las exigencias del lector obrero. Su interés por saber lo que pasa en el mundo, lo lleva a comprar rotativos burgueses. Pero son exigencias que un cotidiano obrero puede satisfacer igualmente y aún mejor que los diarios burgueses falsos y tendenciosos.

Lo dicho hasta aquí, no cabe duda, es cierto. Pero es igualmente cierto que los obreros organizados todavía no se hallan conformados con su ética correspondiente. Si lo estuvieran si cada cual contribuyera con lo que puede y con lo que debe a la actividad de la vida sindical; si pasando por sobre todas las aberraciones doctrinarias y los antagonismos los obreros llegaran a mancomunarse bajo la égida de una grande federación de obreros organizados,fácil les sería saludar su aurora de redención.

Como se ve, urge determinar la ética de los obreros organizados, infundiendoles la llama espiritual de la santa solidaridad de clase y al mismo tiempo crearles la fuerza de voluntad la potente voluntad que ha de barrer todos los vestigios de las iniquidades y todas las injusticias sociales de la faz del mundo.

M.

HAY QUE TIRAR PAREJO

Compañeros: Es menester tener en cuenta esta frase: "Hay que tirar parejo." Todos los que nos preocupamos de verdad por la buena marcha de nuestra organización, debemos hacer lo posible para evitar o combatir todo aquello que pudiera traer la discordia, los malentendidos o tal vez la división de nuestras fuerzas.

Ahora bien; ya sabemos que una de las principales causas de discordia en las organizaciones obreras, ha sido y es aún la lucha interna por cuestiones ideológicas, y creo que ningún compañero consciente de su deber debe prestar su concurso para la formación de esos grupos, que pretenden imponer dentro de los organismos obreros una tendencia ideológica determinada.

Sostengo que lo único que hacen es dividir las fuerzas obreras, porque si por desgracia llegáramos a aceptar ese criterio, tendríamos entre los trabajadores de cada gremio tantas agrupaciones como tendencias ideológicas o políticas conocemos, ocupadas en luchar entre sí, y por lo tanto, incapaces de luchar contra el enemigo común.

Para evitar eso hago notar a los adherentes de nuestro sindicato que cada uno debe cumplir con su deber, encuadrándose dentro de nuestros estatutos y declaración de principios, que prescinden en absoluto de todo partido político, ideológico o religioso.

Después de esto, debo manifestar que cada uno debe seguir la escuela ideológica que se le antoje, pero fuera del sindicato, en las agrupaciones ideológicas o políticas que se avengan con su manera de pensar; más aun: creo que todos los que sostienen una idea, sea

LA ACCION

Por SPARTACUS

¿Hay para la clase trabajadora algún problema de educación? Sí. Pero apresurémonos a decir que la educación que a las masas conviene no es la que vulgarmente conocemos por esa designación. Se trata de una educación obrera en el sentido de hacer comprender a los trabajadores su posición dentro del sistema capitalista y cuáles los procedimientos y manera de usarlos para el logro de su emancipación.

En la primera Internacional, Bakunín ya había planteado esta interesante cuestión. Era menester dotar a la clase trabajadora de una educación revolucionaria sin la cual sería imposible, o demasiado lenta y penosa, la redención de la clase expoliada por el capitalismo. Nosotros, decía, más o menos, el nombrado revolucionario, debemos resolver este problema de educación indispensable. ¿Y cómo hacer? ¿Hemos de confiar en la acción verbalista de unos cuantos generosos desertores de la burguesía que vienen al seno de la clase trabajadora a depositar su estimable saber? Eso no basta. El problema de la educación debe resolverse por la acción misma de la clase trabajadora. Es la acción la que llevará a cada uno de los explotados aquellos conocimientos que han de destruir los prejuicios patrióticos, religiosos y de servidumbre, dándoles a la vez la conciencia de su valer y la clara comprensión del rol histórico a desempeñar.

Ciertamente, la actividad verbalista de unos cuantos generosos desertores de la burguesía, no es suficiente para dar a las masas trabajadoras la necesaria educación. La palabra escrita o hablada, por mucho que se la difunda, carece del alcance requerido por la enorme densidad de las masas laboriosas. Por otra parte, las disposiciones de asimilación de los trabajadores son bien precarias, en razón de la influencia deletérea que sobre su mentalidad ejerce la brutal explotación capitalista, hecho que anula la escasa influencia del verbalismo en la educación.

La acción viene a salvar estos inconvenientes. Ella es la que aviva las facultades de percepción en los trabajadores, permitiéndoles recibir directamente las impresiones de aquellos hechos en los cuales actúan, lo que no lograrían de otra manera sino indirectamente y desde luego, de modo imperfecto.

Además, como factor de educación, el verbalismo tiene poca importancia. Esto, que parecería absurdo a simple vista, tiene, sin embargo, a su favor el apoyo de los hechos, y no sólo en lo que respecta a la educación de los trabajadores, sino en lo que se refiere a todos los órdenes del saber.

El descubrimiento de las leyes de gravedad no es la consecuencia de la habilidad dialéctica de los especuladores, sino la caída de una manzana que indujo a Newton a reflexionar sobre el porqué no se caía la luna.

El hecho, a veces imperceptible y de aparente insignificancia, suele dar origen a hechos de trascendencia que de otra manera no serían posibles.

Hay, además, una natural adversión, o por lo menos indiferencia, a la asimilación de aquello que se nos indica como útil. Una desconfianza instintiva nos lleva a rechazar todo cuanto no es el resultado de la propia experiencia. La advertencia de la madre a su pequeñuelo sobre los peligros del fuego, sólo cobra valor cuando en las tiernas manos del niño se forman las ampollas por efecto de la quemadura.

¿De qué valdría, pues, el recurso verbalista para dotar a los trabajadores de lo que necesitan, no mediando antes la propia acción, o el hecho que motiva la reflexión y da la experiencia en que debe fundarse la educación revolucionaria?

La acción de la huelga ha sido a los trabajadores de más eficacia ilustrativa y a la vez educacional que todos los volúmenes y discursos de los teóricos para demostrar que sin la actividad obrera la vida cesa. Sólo han comprendido la importancia de su misión social cuando al hacer abandono de la fábrica comprendieron que ésta no trepidaba. Y quizá de la observación de la chimenea que ya no sombreaba la atmósfera con su denso humo, dedujeron que los propietarios, los capitalistas, no eran los útiles, y sí los parásitos de la sociedad.

Posiblemente la mayoría de los trabajadores italianos dudasen de la posibilidad de prescindir de la burguesía para los efectos de la producción, antes de posesionarse de los establecimientos industriales. Más una vez en posesión de ellos y constatado el hecho de que la producción se realizaba, todavía con mayor celeridad de ritmo que cuando los burgueses la dirigían, habrán comprendido lo equivocados que estaban. Esta acción, al cabo de veinticuatro horas de realización, ha sido, sin duda, más benéfica para la educación revolucionaria de los trabajadores que cincuenta años de propaganda teórica. Ahora ni los más pesimistas dudarán acerca de la posibilidad de un hecho en el cual no habían creído, no obstante habérselo anticipado escritores de elegante estilo y oradores de frase galana.

La acción, aun aquella que se nos antoje efímera y de poca importancia, tiene siempre la virtud de conmover las cosas, desgarrando las entrañas de las mismas hasta mostrar a los hombres posibilidades de formas desconocidas. Violenta o pacífica, que crispe los nervios o les sirva de sedativo, es siempre más útil que la fría retórica que duerme en los libros. Porque la acción es la vida que vivimos y de la cual sacamos concepciones reales que el libro sólo puede transmitirnos deformadas por el capricho, o los particularismos de quien lo escribe.

¿Condenación del libro? Simplemente preferencias por la realidad vivida, más fecunda en el sentido revolucionario que todo cuanto puedan recoger en sus páginas los mejores libros.

Que hablen los trabajadores de Italia de los conocimientos adquiridos desde la víspera de la posesión de las fábricas hasta después de la ejecución del hecho.

Que hablen los trabajadores de Rusia de su actual educación revolucionaria en comparación con la que tenían en las trincheras cuando el zar dominaba.

Que hablen también de su dolorosa experiencia los martirizados de Hungría, cuya odisea no hemos podido sentir nosotros a través de la literatura.

Nosotros mismos podemos hablar de nuestra propia experiencia; de lo que éramos sin la organización y de lo que somos con ella; del profundo cambio operado en nuestra mentalidad en el curso de ese proceso en el que fuimos actores; y a poco que meditemos hemos de comprobar la superioridad de hoy en relación al estado de ayer, superioridad debida exclusivamente a una sucesión de hechos que han ido proyectando sobre nuestro entendimiento una concepción revolucionaria que no pueden alimentar los que no conocen esa misma vida más que a través de una exposición literaria.

La solución al problema de nuestra educación revolucionaria radica en la acción que como trabajadores debemos ejercer constantemente; y ésta no adquiere una forma concreta y única, sino que es variada e infinita y pasa por todas las gradaciones comprendidas entre el conato de huelga y la posesión de la fábrica.

Un caso concreto de alto patriotismo

Del servicio telegráfico de un diario burgués de la tarde tomamos la siguiente noticia:

"La huelga de Las Palmas.—El señor L. Arpollito nos envía el siguiente telegrama denunciando presuntos atropellos de que ha sido víctima con motivo de la última huelga:

"Corrientes, 30.—En busca de justicia acabo de constituir domicilio en la calle Plácido Martínez 1107, en esta capital, presentándome al juzgado del letrado del Chaco para acusar a Alberto Dansey, presidente de la Liga Patriótica y administrador de la empresa Las Palmas del Chaco Austral, por haber armado una partida de guardia blanca e indígenas, quienes asaltaron mi domicilio en Las Palmas, saqueando la casa y llevándose útiles y dinero por valor de pesos 6.000 y dejándome reducido a la miseria y preso en la comisaría. Mi condición de italiano pacífico, al servicio de la empresa como capataz, sirviéndola lealmente durante cinco años, no ha sido suficiente para que se me respetase y se me atropelló a mano armada por la guardia blanca, que comandaba dicho señor Dansey, haciéndoseme disparos de armas de fuego y despojándoseme de cuanto tenía.

Pese a las declaraciones del señor Moreno, asegurando que sólo objetos de escaso valor se habían llevado los indios, quedando lo más importante en poder de Lima y de haberse encontrado un baúl mío en el galpón de la empresa, la policía de Las Palmas no quiso proceder. Acudí al juzgado letrado del Chaco y no hay juez, fiscal ni empleados superiores. Suplico el amparo en honor del buen nombre del país, afrentado por los sediciosos armados que delinquen impunemente en Las Palmas."

Sólo a una persona tan ingenua como Arpollito se le ocurre fundar el pedido de justicia en su carácter de "italiano pacífico" y trabajador, por añadidura. Fuese él cafre y poseyese alguna estancia o algunas acciones de las compañías ferroviarias, y otro gallo le cantaría.

cual fuere, representan un papel necesario en el concierto general, y que entre todos y con el choque de nuestras diferentes maneras de pensar, nos vamos capacitando mutuamente, y preparándonos para poner en práctica nuestras aspiraciones en un futuro mejor, y que será menos lejano si estamos dispuestos siempre a evolucionar en bien de nuestros intereses de clase; y esto no es posible si nos aferramos a nuestra manera de pensar como insustituíble, y que creo debemos concebir pudiera ser equivocada.

Creo que el sectarismo es un verdadero peligro en los organismos obreros, pues los sectarios no analizan lo bueno que pudiera haber en la manera de pensar de los demás, y con su criterio estrecho perjudican la obra común que entre todos deberíamos llevar adelante.

F. PAEZ.

INSISTIENDO

En el último número de *"El Obrero Ebanista"* un compañero publicó un artículo, cuyo propósito fundamental era poner al descubierto el mal proceder de muchos compañeros del gremio, que dentro de los talleres son verdaderas "maquinitas" para la producción.

Esto motivó, por parte de esas "locomotorcitas", cierto disgusto, y han llegado a hacer supusiciones tendientes a demostrar que el autor de dicho artículo es un incapaz para el trabajo, cuando en realidad es todo lo contrario.

Lo que existe es una mejor comprensión de los deberes que como obrero organizado tiene que cumplir.

Lo que muchos obreros no alcanzan a comprender, o no quieren entender, es que no sólo por el hecho de pagar la cotización mensual al sindicato se cumple con los deberes que impone la organización, sino que se hace necesario observar en todo momento una conducta que no pueda lesionar en lo más mínimo los intereses de la colectividad, que es quien compone la organización.

Efectivamente, hemos podido comprobar que dentro de los talleres hay todavía muchos obreros que al entrar por la mañana en ellos se sienten poseídos del vértigo de la velocidad, y ya no conocen a nadie y se prenden del trabajo como "ternero a la ubre", sintiéndose molestos cuando se les llama al orden.

Por lo general se observa este hecho: que rara vez quienes tienen los "nervios" tan "levantiscos" obtienen una mayor remuneración por el mayor trabajo que realizan.

Es que todo lo fuerte que se sienten para el trabajo, lo tienen de débiles para exigirle al patrón un aumento de jornal, ya que mayor es la labor que realizan.

En muchos casos hemos podido ver que los personales han tenido que reunirse y plantearles este dilema: o piden más jornal o se retiran de la casa, ya que no querían seguir la producción al compás de los demás.

Para nosotros, quienes comprometen en esa forma la organización, abocándola a un conflicto, no pueden ser buenos compañeros. Por otra parte, consideramos que quienes proceden en esa forma lo hacen a base de un egoísmo personal que perjudica a los demás obreros, pretendiendo con ello ganarse las simpatías del capataz y del patrón con el propósito de asegurarse en la casa.

Y cuando se les considera traidores, en virtud de su mala conducta, manifiestan que ellos son buenos "compañeros" y que nunca "carnerearon" en ninguna huelga, y por lo tanto no son traidores.

Nosotros tenemos, con respecto a los traidores, nuestro criterio formado, y la experiencia nos demuestra que existen dos clases de traidores: una es la compuesta por los que van a trabajar durante un conflicto planteado por el sindicato, la otra la forman los que estando dentro de la organizción no proceden en concordancia con los enunciados y propósitos de ella. Los primeros se ponen de frente a la colectividad, los segundos proceden con cierta "habilidad", que en buen castellano se denomina hipocresía.

Estos últimos, en cierto modo, resultan más dañinos que los primeros.

Se hace necesario que de una vez por todas modifiquen su proceder, realizando una obra más en armonía con los compañeros del taller, que será en bien de la organización, y por ende, en beneficio de todos.

Es menester que estos compañeros—equivocados o mal intencionados—no continúen en sus malas prácticas y reserven esas energías—que hoy tan generosamente regalan al capitalista—para cuando la organización se haya apoderado de los talleres; entonces sí se hará necesario producir para el bien de la comunidad, en provecho de todos, y no como sucede hoy que va a parar todo en manos de un explotador.

El verdadero ahorro de los productores consiste en saber economizar energías, lo que implica conservación del organismo, evitando en esa forma las enfermedades de funestas consecuencias.

Y esto no se obtiene por medio de una excesiva producción, sino regularizándola en una forma que nos preserve de ellas.

Por otra parte, es bueno tengan bien entendido que así como la organización impone condiciones a los capitalistas en bien de los productores, reclama de sus adherentes una disciplina, que no puede ser violada por ninguno de sus asociados, pues ello implicaría llevarla a un verdadero caos, en donde cada uno haría y procedería a su antojo.

Por ello consideramos que en vez de sentirse molestados por las consideraciones hechas en el número anterior, deben actuar dentro de los lugares de producción en completa armonía con los dictados de la organización, y en vez de llegar a su casa, después de la jornada, completamente "deshechos", lleguen con más energías, que puedan utilizarlas a la noche en provecho del sindicato, que necesita cada vez más la cooperación de los compañeros. No sea cosa que cuando realicemos la revolución se encuentren estos obreros gastados físicamente, porque ese es el resultado de las "carreritas" y excesiva producción, y no tengan los bríos que hoy tienen sus "nervios", y en esa forma, en vez de ser útiles a ella, sean un estorbo.

Tengan en cuenta que a los que no sean capaces—por estas razones—para la producción los mandaremos a "pastorear" por haber sido unos perfectos carneros, y debido a lo cual ya no sirven más.

C. RUCHO.

Al margen del cable

El negocio de la iglesia anda mal, mal, mal.

¡Ah, si se le hubiese ocurrido a los curas unos veinte años atrás la genial idea, por ejemplo, de transformar las iglesias en salas de cines!

¡Qué torpes: hacerse escapar una ocasión tan propicia para el precario óbolo de San Pedro!

No importa: hay tiempo aun para una eficaz explotación del cine.

Así lo da a entender el cable, anunciando la formación de la sociedad anónima "San Marco Film", cuyo olor a sacristía no deja duda alguna.

Inaugura la mencionada sociedad su labor filmando el paraíso terrenal donde desde dos mil años tiene asiento la delegación del Padre Eterno.

Un paraíso que aunque en miniatura conviene más que el hipotético creado por la calenturiante imaginación de todos los virtuosos extraviados que llenan el calendario de la santa madre iglesia.

Pronto la idiotez católica, esparcida para desgracia del mundo, tendrá la mística contemplación placentera de ver moverse sobre la pantala al sumo pontífice en su pose de bendecir "urbis et orbe". La autenticidad personal del papa es fácilmente reconocible mirando el plano inclinado de sus ojos.

Qué dicha para la beocia feligresa cuando se vea como objeto de la bendición papal.

Si los dueños de cines tuvieran la atención de tirar bastante aserrín por las salas, tendrían para más provecho con el agua... de Colonia.

Según el cardenal Gasparri, la idea de la "San Marco Film" surgió de la progresión alarmante de la inmoralidad y de la irreligión que tan justamente preocupa a la iglesia.

¡Inmoralidad! ¡Irreligión! ¿Será alguna charada nueva?

Bueno. Hasta hoy, como una espada de Damocles quedaba suspendido el terrible interrogante sobre moralidad de los cines. Ya no caben más dudas; ahora que entra en la órbita de la especulación clerical, la inmoralidad de los biógrafos queda manifestada.

R.

LA REVOLUCION MUNDIAL

Por AURELIO A. HERNANDEZ

"GUERRA PERMANENTE O REVOLUCION"

El imperialismo capitalista, antes de la terminación de la guerra, se encontraba frente a una alternativa cruel: "Guerra permanente o revolución", según una frase del sagaz bolsheviki León Trotzky.

¿Convenía al capitalismo la cesación de la gran hecatombe que se ha desencadenado últimamente en Europa? En ninguna forma. La muerte del capitalismo estaba pareja a la terminación de la guerra. Con la terminación de ella, se presentaría en toda su desnudez el alma del monstruo capitalista, culpable de ella, y entonces los desheredados, los productores, vengarían el crimen horrendo que se desarrolló cubierto con el manto de la hipocresía y simulación.

¿Era posible la prosecución de la guerra? La *guerra capitalista* no era posible que prosiguiera. El proletariado, que era el que hacía la guerra, no siendo para él el fruto de esa lucha, no podía seguir luchando. Hechos y más hechos fueron convenciéndole de la inutilidad de sus sacrificios; fué convenciéndose de la inutilidad de las promesas. La guerra no era por la destrucción del militarismo; tampoco por la libertad de los pueblos; nada de libertad ni de justicia para las masas productoras entrañaba la guerra. Era una lucha de un grupo de "trusts" contra otro grupo; el grupo capitalista que dominaba en el mercado mundial iba a ser desalojado por otro, que entrañaba tanto espíritu tiránico y de explotación como el contrario.

Raleados los ejércitos guerreros por el engaño, la mentira, convencidos ya que su causa no era esa, no se dejó esperar la influencia de la deserción, desmoralización y odio hacia las castas parasitarias.

¡El mundo proletario estaba cansado de soportar tanto crimen, tanta rapacidad y tanto odio entre los pueblos!

EL PARTO DE LA REVOLUCION

El espíritu revolucionario de las masas proletarias un tanto adormecido por el calor guerrero y de odio inculcado por la sociedad burguesa, volvía a surgir. Es indiscutible que no era posible que el capitalismo después de haber cometido semejante crimen, se retirara con el bagaje y todos los honores. Se hizo necesario formar el tribunal de justicia humana y condenar a los culpables. Para que se hiciera justicia ha sido necesario que el proletariado del mundo se constituyese en tribunal. Se empezó, pues, a hacer justicia en Rusia. El proletariado de dicho país, aprovechando un momento de descomposición estatal y de absoluto desconcierto capitalista, supo erguirse y con su pujante acción demoler los principios básicos del capitalismo: la explotación del hombre por el hombre.

El magnífico gesto revolucionario de los trabajadores rusos fué la iniciación de la última etapa que tienen que cruzar los trabajadores del mundo para la innovación absoluta de las relaciones económicas, políticas y jurídicas que rigen en la sociedad actual. Vale decir, el momento de lucha, de fuerza aguda y violenta se iniciaba desde ese momento; y sin pecar de ilusos, el proceso histórico de preparación del proletariado, desde ese momento, toma otro rumbo, que sin descuidar la preparación técnica, intelectual y moral de los explotados se torna más aguda y con caracteres netamente de transformación inmediata del actual orden de cosas.

Con la revolución rusa, inmediatamente se plantea al capitalismo mundial un grave, el más grave de los problemas. No era posible la continuación de la guerra por voluntad exclusiva de los trabajadores. En Hungría, en Alemania, se producen simultáneamente hechos que obligan al grupo de capitalistas germánicos a capitular y en esa forma cesaba la guerra capitalista.

Muy a pesar de la prédica del periodismo burgués, que pretendía hacer creer que la revolución rusa era un hecho transitorio y sin ningún valor internacional, los hechos han venido a constatar todo lo contrario. La revolución rusa es la iniciación de la revolución social en el universo entero.

DESPUES DE LA GUERRA

¿Era posible que el proletariado se conformara simplemente con la terminación de la guerra? La clase productora ni está satisfecha con la terminación de la guerra, ni se conformará hasta la completa destrucción de las desigualdades que causan la miseria, corrupción y todas las lacras, fruto natural de una sociedad injusta y de desigualdad humana.

¿Y las promesas de Wilson, Clémenceau, Lloyd George y otros?

Los pueblos sintieron la influencia de la dialéctica democrática avanzada que empleaban los hombres que estaban al frente de los gobiernos beligerantes. Ebrias estaban las masas obreras, el torbellino arrastró aún a los hombres que jamás se hubiera concebido que se colocaran en pro de una guerra; anarquistas, sindicalistas, socialistas y de todas las doctrinas que se precian de revolucionarias, infinidad de ellas y la inmensa mayoría de los trabajadores se colocaron en favor de la guerra. A pocos les cupo el gran honor de saber mantenerse firmes en la brega liberadora. Creyeron, aún las más esclarecidas mentalidades, en las promesas de los grandes demócratas que gobernaban y a los que debemos reconocerles un gran tacto de "gobernantes"—equivale a decir hipócritas también—por saber envolver con sus promesas y dialéctica a la humanidad y enceguecer a los pueblos en la creencia de que esa guerra obedecía a principios justos y libertadores.

Las promesas de desarme de los ejércitos, las promesas de libertad y justicia han resultado un mito. La burguesía democrática-avanzada, después de la contienda, no ha concedido ninguna libertad a los pueblos; muy al contrario, el imperialismo capitalista de las democracias-avanzadas ha hecho sentir todo el rigor de sus instintos de oprobio y explotación.

¿Y el desarme? El desarme no es posible mientras reinen las clases capitalistas. El mantenimiento de un poderoso ejército es indispensable para el mantenimiento del poderío capitalista; es su propia vida, y por lo tanto, pretender que la burguesía desarme a sus ejércitos es pretender ingenuamente que el capitalismo renuncie a sus privilegios.

Existiendo castas privilegiadas, mientras existan hombres que explotan y hombres explotados, opresores y oprimidos, no habrá paz en la humanidad. Las causas de los odios, de las guerras, corrupción, miseria y todas las lacras existentes, no obedece a caprichos de los hombres, sino que es fruto de la desigualdad económica, y por ende, política y jurídica.

Y para evitar odios, guerras, miserias, corrupción, rapiña, etc., se hace necesaria la destrucción de la causa, ello es, la destrucción de las clases.

No se considere, entonces, la revolución rusa como fruto de "doctrinas exóticas" ni como un hecho aislado y transitorio. Todo lo contrario: debe considerarse como un hecho lógico y natural, que ha surgido de una necesidad ineludible, como consecuencia del estado de descomposición de la vieja sociedad capitalista, basada en la autoridad despótica y la explotación del hombre por el hombre.

ANTE LA INUTILIDAD DEL CAPITALISMO...

Con un criterio basado en la realidad hemos afirmado que la revolución rusa no es un hecho aislado.

Los gobernantes democráticos del mundo así como se esforzaron por lanzar a los pueblos a la contienda, ahora se esfuerzan en encontrar la válvula de escape para salvarse de esta situación embarazosa en que se han colocado.

La Liga de las Naciones no dió el resultado apetecido; el tratado de Versalles no les pudo sacar del atolladero; ni "conferencias", ni reuniones los han de salvar; los pueblos están cansados de bellas teorías... Una vasta experiencia ha educado a los pueblos; las crueles realidades han servido para dotar de una profunda convicción a los obreros y el internacionalismo obrero, que se creyó muerto, ha surgido con lazos firmes e indisolubles, lo cual ha de dar una potencia mayor a la acción innovadora del proletariado del mundo.

Y ante la inutilidad del capitalismo para dirigir y organizar la vida de las naciones, la revolución social se hace indispensable. El proletariado del mundo ha cruzado el período rudimentario de su vida; ha entrado en el período orgánico y de madurez.

Manifestaciones elocuentes nos lo demuestran. Los trabajadores de Inglaterra, que se han caracterizado por su acción corporativa y estrecho criterio de clase, abandonando su acción a los parlamentos, en estos momentos asumen una actitud valiente e internacionalista, obligando al gobierno a seguir la ruta fijada por los sindicatos obreros, no permitiendo al gobierno intervenir en la guerra capitalista que se lleva a cabo contra la Rusia de los soviets; y además, están dispuestos a hacer valer sus reclamaciones por medio de la acción directa.

En Alemania, el proletariado impone condiciones, no permitiendo que por territorio alemán pase material bélico para combatir a la Rusia obrera.

En España, se unifica el proletariado, constituyendo una formidable amenaza para la vida burguesa.

En Italia, se inicia la expropiación de los instrumentos productivos. Los trabajadores italianos, con este gesto, después de la experiencia adquirida, han venido a llamar la atención del proletariado del mundo con el nuevo sistema empleado.

A pesar de no ocuparnos en este momento con la amplitud que requiere este hecho, debemos manifestar nuestra profunda satisfacción al contemplar a los trabajadores italianos asumir una actitud inteligentísima, y que muy a pesar de la prédica de la prensa venal, pretendiendo demostrar que obedece puramente a reclamaciones económicas, la acción de esos trabajadores es una acción eminentemente revolucionaria, porque sustituye la disciplina impuesta por los patrones por la libre y voluntaria producción de los obreros. Es decir, reemplaza un derecho autoritario por otro libre, logrando al mismo tiempo aislar y desarticular la acción estatal.

No sabemos si se logrará definitivamente implantar el nuevo mundo de los productores en Italia en estos momentos, pero sí debemos afirmar que a pesar de todo el proletariado italiano se une a todos los demás trabajadores, que tarde o temprano, en una forma o en otra, han de lograr, mediante su acción perenne y directa, implantar el verdadero reinado de igualdad y justicia.

¡Los destinos del mundo están en manos del proletariado!

NOTAS BREVES

"LA NACION", SENTIMENTALISTA

Un choque violento entre huelguistas y crumiros que se produjo en Santa Fe, y los "crímenes sociales" que a diario se repiten en España, dieron a "La Nación" tema para algunas notas sentimentales.

¡Y qué bien cultiva el sentimentalismo "La Nación"!

Es horroroso que los hombres se maten, que así no más se revuelvan las entrañas con el acero y el plomo, cuando la civilización, con todo su caudal de medios—la cultura, el refinamiento—coloca a los hombres en condiciones de dirimir sus cuestiones por otros procedimientos que no sean los de las kábilas africanas. ¡Es tan bella la vida, tan placentera la existencia e inefables los goces que ella nos ofrece, que sólo a los hotentotes se les ocurre destrozarse para no disfrutar de todos esos dones!

Si los que se destrozan pudiesen contemplar la vida como los propietarios de "La Nación"; si como ellos tuviesen asegurado el pan en abundancia dentro del hogar confortable, a buen seguro que hallarían también horrible la simple idea de exponerse ante la muerte. Renunciarían al peligroso juego donde el más ganancioso va a presidio y dejarían que sus almas se meciesen en el deleite de la vida tranquila, donde la mujer amada fortifica el ansia de vivir y donde todo concurre a presentar la muerte como el desagradable paso forzoso de la senectud.

Pero no todos son propietarios de "La Nación". Entre las "fieras" que el diario rico no compadece, abundan aquellas que deben a algún comerciante protegido suyo la camisa que llevan puesta, o a algún almacenero los pésimos y escasos alimentos ingeridos en el día. Y claro está que la vida a través de tal situación pierde los tonos color de rosa; y los que en ella actúan, en vez de las afabilidades de los satisfechos, poseen en sumo grado el temperamento de la agresión.

He ahí lo que no ha querido ver "La Nación" para brindarse a sí misma la oportunidad de mostrarse cristiana, muy evangélica, muy moralista...

Pero recordamos que esa lágrima, a duras penas vertida ahora por "La Nación", no ha brillado en sus pupilas de celestina cuando las víctimas de hoy ejercían ayer de verdugos. Cuando el lock-out de los patrones barceloneses no mataba a sus obreros con el rigor de la violencia, pero sí con la tortura en todo proceso de muerte por consunción, la fuente sentimental de "La Nación" estaba seca. Cuando los bandoleros de la Liga patriótica argentina se engavillaban en el Chaco y provistos de winchesters asesinaban a los obreros, "La Nación" tampoco lloraba. Esas dos ocasiones fueron perdidas por el diario yanqui-mitrista para sus prédicas de toleranca y amor al prójimo. Y, sin embargo, ellas eran más reales que las producidas posteriormente, ya que el número de víctimas era mayor, y su calidad —obreros todos—a propósito como para inspirar lástima a un diario que, cual "La Nación", hace de las luchas económicas una cuestión de moral cristiana.

El diario burgués posiblemente piense que las incompatibilidades con la moral, la cultura y demás zarandajas, están en el hecho de que los obreros supriman a sus verdugos, y no en el asesinato de los obreros por los burgueses y sus agentes. Así debe ser en efecto; sino por lógica ni por decencia, por conveniencia al menos de la moral burguesa que "La Nación" sustenta.

CREE EL LADRON...

En una encuesta patrocinada por un diario burgués de la tarde, Carlés, el famoso patriota de profesión, ha vertido los conceptos que la revolución rusa le ha sugerido.

Según el ex peliculero, uno de los resultados más visibles de ese movimiento revolucionario, sería aquel que subvierte las condiciones de los sexos y por el cual las mujeres se transforman en una especie de marimachos y los hombres en maricas.

Bordando comentarios sobre el hecho, el futuro prócer habla de los pelos cortos de las hembras, de sus modales bruscos y de una serie de condiciones arrebatadas a los hombres, los que, al parecer, se asimilaron de buen grado las características femeninas. Luego atribuye una justa correspondencia de las funciones sexuales con las modalidades adquiridas y llega aun a insinuar la existencia de seres ambiguos y otros conformados para la ejecución de dos funciones a la vez.

Que sepamos nosotros, Carlés no tiene más fuente de información sobre lo que ocurre en Rusia, que la proporcionada por la prensa y a la cual todos recurrimos, patriotas o no.

Y esa prensa nada ha dicho de la feminidad masculina, y sí—aunque de manera indirecta—de la virilidad de los hombres, manifestada con hechos inequívocos cada vez que un Yudenich, Denikin o Kolchack, pensando quizás como Carlés, creyeron fácil destruir una revolución que habría sido hecha y defendida por manfloras.

Posiblemente el jefe patriota posee la condición de aquellos que juzgan a los demás por lo que ellos son; lo que no importaría una rareza, ya que es una condición común, si bien reñida con la lógica.

Las prostitutas también creen que todas las mujeres están en su condición, aun aquellas que, a su juicio, se echan un marido que luego utilizan como mampara.

En tal caso hay que remitirse a los hábitos de Carlés, y de toda la gente que con él forma su mundo, para encontrar en ellos la explicación del hecho. Por lo pronto algo satisfactorio encontramos, es la constitución de las brigadas femeninas en la Liga Patriótica, debidas a la iniciativa masculina que surgió cuando la duda acerca de la virilidad de los hombres atenaceaba el cerebro de los patriotas.

DEMOS.

Procedimientos burgueses

Hace más de un año, en ocasión en que los mastines del capitalismo internacional — Koltchak, Denikine, etc. — se arrojaban sobre Rusia para despedazarla, logrando, aunque de manera transitoria, un relativo éxito en la empresa, muchos diarios burgueses celebraron, al unísono los triunfos de la reacción y de paso tentaron la demostración de la incapacidad del socialismo para realizar la "bella utopía" del pan y la libertad para todos los trabajadores.

Ahora que el mentidero burgués — por sobrenombre "telégrafo" — anuncia una situación análoga a la de entonces, vuelven los diarios burgueses a la carga, y con la constancia propia de quienes tienen mucho que ganar en el asunto, tratan de demostrar el fracaso de la revolución y por ende el de las concepciones de los cuatro locos que por ahí la defienden.

Las alegrías de ahora no se basan únicamente en los éxitos de guerra atribuídos a los polacos y a Wrangel, el encargado de Francia para cobrar sus cuentas, sino que se basan también en los informes recogidos en Rusia por unos cuantos personajes que se pasan la vida jugando al socialismo.

En Rusia existe el caos, dicen. Allí no se produce y de consiguiente no se come. La tiranía zarista se ha refugiado en las formas bolsheviquis. Y luego viene la oportuna

advertencia a los trabajadores de todo el mundo para que abran los ojos y no se dejen sorprender por los espejismos de la revolución.

Sí; es menester abrir los ojos para no dejarse arrebatar el Edén burgués en que vivimos. No importa que la población obrera europea esté sometida al racionamiento, recurso para combatir el hambre como el del bozal a los perros para que no muerdan. No importa que el gobierno de Italia, invadido por el miedo, extienda la mano a Rusia implorando el trigo que al convertirse en pan atenúa la tormenta que se le va encima. Nada de eso importa a los geniales investigadores que proclaman la bancarrota del comunismo, afanosos por demostrar la superioridad económica del régimen capitalista donde el hambre se combate con bozales.

Ya no se producía ni comía en Rusia cuando hace más de un año la asaltaron los mastines, y sin embargo, los afortunados que pudieron escapar al consejo de guerra revolucionario, pasean actualmente su derrota por las capitales de Europa, acompañada por el desprecio de los burgueses que vieron los restos de sus capitales comprometidos en el desastre de la aventura.

¡Virtud del hambre que lleva generales despojados de la patria al patíbulo, que en un momento amenaza las fortalezas de Varsovia y pone en duda la capacidad del cobrador de cuentas francesas!

El comunismo debe fracasar, o fracasó ya. Así lo dicen los anticomunistas del partido independiente alemán cuya autoridad socialista es para los burgueses indiscutible.

No hay que dudarlo. Lo dicen socialistas de autoridad, capaces de ser buenos ministros y excelentes diputados, o irreprochables generales como el polaco Pildsulsky, y lo corroboran los burgueses de abolengo, sobre la sinceridad de los cuales nadie tiene el derecho de sembrar dudas.

Pero, por las dudas, y a fin de evitar sorpresas desagradables, que siga el bloqueo de Rusia;— piensan pero no lo dicen los burgueses — constríñase al país a vivir de sus propios recursos aunque el juego ponga a todos en peligro.—¡Hay que jugar el todo por el todo! — Y hágase de manera que el factor de las armas y del aislamiento aseste el golpe de muerte al régimen que, abandonado a sí mismo, libertado de las trabas que lo obstaculizan, pudiera tener la ocurrencia de florecer y constituir una seria amenaza, muy superior a lo que es en el presente.

El recurso en maravilloso, tanto que no resistimos a la tentación de exponerlo más gráficamente. Tómese a un hombre que ansía vivir, cuélguesele de una horca y luego exclámese: este animal ha fracasado en el propósito de querer vivir. Nosotros ya se lo decíamos, y el muy terco no se dió por avisado.

SPARTACUS.

¡Vivan los obreros organizados de Italia!

Aunque los acontecimientos sensacionales de Italia no nos toman de sorpresa, la rapidez, la simultaneidad extensiva del acto realizado por los obreros industriales italianos, debemos confesar que nos produjo inmenso júbilo por la bella audacia y su significación positiva.

Responder a las amenazas del "lock-out patronal con la toma de posesión de las fábricas, hacer un inventario de ellas y seguir produciendo, es un gesto inesperado, grandioso, que redime de una vez por todas de las crueles calumnias pérfidamente tejidas para el mayor descrédito de los obreros italianos.

Sólo quien como nosotros ha conocido todas las miserias, todos los dolores y los vituperios y los ludibrios, las burlas y el desprecio vomitados sobre la masa obrera emigrante italiana, puede sentir el regocijo que en nuestra alma produce el gesto de los obreros organizados de Italia, que al posesionarnos de las fábricas continuando con sus tareas han dado la medida de su seriedad, da la decisión en sus propósitos, y de su madurez revolucionaria.

¿Qué nos dirán ahora esos cuantos plumíferos, esos cuantos viles mercenarios que despotrican en la "Patria", el "Giornale" y otras cloacas por el estilo?

¿Cómo se las arreglará ahora ese Folco Testena que desde las columnas del "Italia del Popolo" hace más o menos un año escribía desconociendo la capacidad moral revolucionaria del proletariado italiano?

¡Ah, canta sirena! ¿Te has metido tú también en la vía de "far l'América?

X. X.

Reflexiones sobre el frente único del proletariado

Fracasada la última intentona de huelga general, decretada por la llamada federación del "quinto" varias de las pocas organizaciones que tenía adheridas se declararon autónomas y emprendieron una "tremenda" campaña en pro de la constitución de un frente único del proletariado de esta región.

No nos sorprende esta campaña, dado que desde la realización del noveno congreso hasta la fecha hemos podido constatar el siempre creciente progreso de la F. O. R. A. y por lo tanto el cada vez más reducido e impotente conjunto que presentaban los que en momento alguno quisieron acatar las resoluciones de la mayoría, y siempre fueron elementos que se caracterizaron por su indisciplina sindical y su acción disolvente dentro de las organizaciones obreras.

Colocados en una situación insostenible, frente al proletariado organizado, creyeron prudente emprender esta campaña—que si para la verdadera y única institución central de los trabajadores de este país la F. O. R. A. tuvo buenos resultados—para ellos no lo tendrá mejor que el obtenido en campañas anteriores llevadas contra esa institucion, a la cual calificaban de todo menos de obrera, pero que a pesar de todo, las organizaciones de vida real y efectiva fueron ingresando en su seno, hasta hacerla fuerte como lo es hoy día

Esta campaña, empero, del frente único, — aspiración siempre latente de la F. O. R. A. — emprendida por los "quintistas", tiene su principal objetivo, y punto de mira, en el propósito de confundir a los trabajadores de este país, queriendo aparecer ante sus ojos como los verdaderos amantes de la unificación proletaria, y ver si pueden obtener el desmembramiento de la F. O. R. A. para ganarse la simpatía y adhesión de algunas organizaciones, ya que por medio de las "bombásticas" y "huecas" declaraciones de huelgas generales "revolucionarias" — a base de simple palabras — no lo obtuvieron.

Entendemos que ya la F. O. R. A., institución que después del noveno congreso, donde quedó desechado de su seno toda participación con grupos políticos o ideológicos, adquirió esa forma orgánica y estable que requieren las instituciones de su naturaleza, al par que la seriedad necesaria, que requiere el poder y fuerza que le dan todos los trabajadores sindicalmente organizados, y que en ella se han refundido.

Consideramos que en esta nueva "cruzada" que emprendieron los "quintistas",—y acompañan dos o tres organizaciones que las consideramos serias, — están equivocados en el camino elegido.

La F. O. R. A. es un organismo que cuenta en su seno con muchos centenares de sindicatos obreros, entre los cuales se encuentran en su mayoría los mejor organizados y que por lo tanto tienen impuesto dentro de los talleres las mejores condiciones de trabajo, y que esto mismo, aparte de lo que se desprende de sus dos últimos congresos, no le permite entretenerse en escuchar ni atender a quienes jamás estarán dispuestos a acatar la disciplina sindical, como emanación de la voluntad de la mayoría.

Si en realidad procedieran con honestidad, y en forma sincera, lo correcto sería haber aconsejado la adhesión de esas organizaciones que se encuentran al margen de la F. O. R. A. y así formar el tan anhelado frente único.

Pero es ridículo que se nos venga a hablar de frente único por parte de quienes han sido y son incapaces de formar el organismo sindical de su oficio.

Se alega por otra parte que la F. O. R. A. tiene errores, ya en sus procedimientos, ya en la táctica seguida, y que por ello no pueden adherirse.

Entendemos nosotros que es humano que haya errores, puesto que nadie es infalible, y quien hace algo está siempre expuesto a equivocarse, y sólo no yerran los que no hacen nada.

Para corregir los males que pueda haber dentro de la F. O. R. A.' es menester estar en el seno de ella; de lo contrario, no es posible enmendar nada, dado que quien critique la obra que ella realiza, sin estar en su seno está propenso por su propia condición a considerarse como enemigo de ella.

Entendemos que sólo el cumplimiento de un deber, da el derecho que muchos reclaman, y para esto se hace necesario estar federado y desde esa condición modificar o cambiar métodos o costumbres que se consideren perniciosas para la buena marcha de la organización obrera.

El mismo criterio que aplicamos al obrero aislado, que le exigimos, que previamente se organice y después propague lo que crea necesario, lo aplicamos a las organizaciones obreras.

Por otra parte, se le presenta una preciosa oportunidad a todas las organizaciones que en realidad deseen con sinceridad construir el frente único, y es que la F. O. R. A., dentro de unos meses realizará su undécimo congreso, y en él podrán todas las organizaciones federadas plantear los asuntos que por el bien de la organización sindical crean conveniente.

A buen seguro que el próximo congreso, por encima de personas, por sobre los intereses de grupo o secta, velará por los intereses de la organización obrera.

Mientras así no lo hagan perderán el tiempo. Como perderán el tiempo si no están dispuestos a acatar el voto de la mayoría, sea cual fuera la resolución que tomara.

Y mientras tanto la F. O. R. A., considerada por sus enemigos y detractores como muerta, vive y vivirá.

Continuará respirando a pulmón lleno, creciendo y robusteciéndose cada vez más, conquistando nuevas condiciones de vida para el productor, hasta el día en que pletórica de vida y fuerza, arrase con los privilegios del mundo capitalista, y sobre sus ruínas edifique el nuevo mundo de los productores libres.

¡Viva el frente único del proletariado formado por la F. O. R. A.!

Angel DAVICO.

EL DERECHO A LA HUELGA

Parece que algunos gobiernos marchan hacia una concepción nueva: la de que no sea permitido al obrero abandonar su labor, salvo que le despidan. Se ha presentado al parlamento español un preyecto de ley negando el derecho de huelga. En la Argentina y en la India inglesa se lanza del territorio, sin formalidad ninguna, a los "agitadores", como suele llamarse a las que se cansan de sufrir.

Durante la magnífica parálisis de los servicios postales y telegráficos franceses, se dijo que el Estado no podía tolerar, por capricho de los trabajadores, el aislamiento de Francia.

Se dió entonces a los modestísimos empleados el pomposo nombre de "funcionarios públicos" y se declaró que un funcionario público está en la obligación de no interrumpir un minuto su trabajo. Sería una grave falta de disciplina. Se ve la habilidad con que el gobierno—que al fin cedió ante la fuerza huelguista — trataba de introducir ideas sublimes y palabras altisonantes en el conflicto. Había que asimilar el cartero y el telegrafista al soldado. El único deber del funcionario es funcionar. No hay huelga; no hay más que deserciones. Mañana se aplicaría el mismo razonamiento a los operarios de las industrias nacionales; pasado mañana a los peones agricultores, al bajo personal del comercio. Suspender la faena productora es una indisciplina, un delito, una traición. Se debilitan las energías del país; se disminuye la riqueza de la patria!

Así rehabilitaríamos la esclavitud—y conste que en ella se ha fundado la civilización más ilustre de la historia.—¿Por qué no hemos de ser consecuentes? En resumen, el Estado no es sino el mecanismo con que se defiende la propiedad. Si se castiga al atentar contra ella mediante el robo, y al que la mueve antes de tiempo mediante el asesinato, ¿no es lógico castigar también al que la suprime en germen? La propiedad se gasta; su valor se consume y es necesario reponerlo sin descanso. El ladrón la mata; pero el huelguista la aborta. Para un fabricante, una huelga prolongada de sus talleres equivale a la fuga de su cajero; el patrón volverá los ojos al Estado exigiendo auxilio. Un trabajador es una rueda de máquina; más una rueda libre, capaz de salirse de su eje a voluntad, es algo absurdo y peligroso. No se concibe una propiedad estable sin la práctica de la esclavitud.

Todavía la practicamos, sin duda, aunque cada vez menos. Estamos, desde hace siglos, en presencia de un hecho formidable: la masa anónima, el inmenso rebaño de los que nada tienen suben poco a poco acercándose al poder. He aquí al viejo Estado enfrente del número. Mejor dicho, ahora es cuando el número adquiere, gracias a la cohesión, todo su terrible peso. El pueblo comienza a dejar de ser arena; se cuaja en roca. No es extraño que el sufragio universal haya sido tan inocuo; encontró una multitud incoherente, incapaz hasta de conocer sus males y vagamente de acuerdo con el Estado. Detener al pobre trabajador, sucio y jadeante, de regreso al negro hogar, donde, como de costumbre, hallará dormidos a sus hijos, y proponerle que gobierne su nación, es en verdad pueril. Preferirá comer mejor, y disponer de dos horas para jugar con los niños. Y lo ha logrado en muchas regiones. Lo instructivo es que los obreros se van agrupando y organizando por el trabajo mismo; sus herramientas se convierten imperceptiblemente en armas; los aparatos con que la humanidad circula y trasmite el pensamiento están en sus manos: el alambre que lleva la orden de un Rockfeller no se niega a llevar la del siervo rebelde, y nuestra cultura, que día a día necesita instalaciones fabriles y tráfico más y más enormes, pone en contacto y en pie de guerra mayor cantidad de proletarios; las huelgas, — esas mortíferas declaraciones de "paz", aumentan en extensión y en rapidez, y a medida que la propiedad se acumula en moles crecientes, su estabilidad se hace siempre menor.

El estado se batirá; opondrá al número el número. Opondrá el ejército compuesto de hombres educados para esperar la muerte, al proletariado, compuesto de hombres que tienen la irritante pretensión de vivir. Yaque de derechos hablamos,qué es un derecho sino una concesión, un permiso de las bayonetas? Recordemos, no obstante, que los soldados no son ricos ni felices, y que los fusiles, los cañones y los acorazados no se construyen solos. Vendrá el momento en que los astilleros huelguen? Vendrá una huelga militar? Lo ignoramos. Es evidente que los trabajadores atraviesan una época de prosperidad, de juventud. A regañadientes, como a lobos que le persiguen, el Estado les arroja jornadas breves, salarios más altos, pensiones, indemnizaciones, y los lobos tragan esos pedazos de carne fresca, y corren con doble vigor, y avanzan y se echan encima, Dominará el Estado? Aprovechará la obediencia aun bastante segura del Ejército? ¿Será vencido? Nadie lo sabe. Los vastos movimientos sociales nos son tan misteriosos como nos lo serían las mareas, si un cielo nublado eternamente nos ocultara la luna y el sol. Aguardemos los episodios de la lucha entre el trust del oro y el trust de la miseria.

Rafael BARRET.

Piedra sobre piedra

. . . .

Y las cosas así sucedieron bajo el dominio del señor feudal. Amos y siervos estaban en su sitio. Estos últimos creyeron que su miseria era una fatal ley de la naturaleza. Más tarde, cuando la primera sacudida se hizo sentir en Francia, dieron entonces a esos siervos la sagrada ciudadanía con sus deberes y sus derechos. Aquellos productores empezaron a pesar los valores y se declararon disconformes, comprendiendo que su condición calamitosa no era "una fatal ley de la naturaleza" sino que era la consecuencia de una explotación despiadada ejercida por aquellos que ellos mismos habían entronado bajo el compromiso de justicia y libertad, llamada burguesía. Esta a su vez clamaba por la calma llamándolo pueblo soberano. Pero aquellos trabajadores comprendieron al fin que había que definir situaciones; que ellos eran la clase parásita, que vivía a expensas de aquélla, y que la palabra pueblo estaba aplicada con la fina intención de confundirlos.

La burguesía, dueña de toda la riqueza de la tierra, proclamaba su poderío después de haber constituído los estados: la burguesía, clero, militarismo. Dando así el nombre de capital. Este, para defenderse, creó la ley; para hacer cumplir ésta se organizó la fuerza y para prestigiar a ésta fundó la prensa reaccionaria.

Entonces empezó la verdadera lucha entre el capital y el trabajo; los obreros se llamaron como hermanos para la conquista de su riqueza usurpada Se organizó el sindicato gremial como medio de lucha para sus reivindicaciones.

La furia del capitalismo contra aquél puñado de hombres que empezaba a elaborar su nueva moral se hacía sentir y miles de hojas ensangrentadas de aquellas jornadas guarda la historia para vergüenza de la humanidad. Mas no fué esto un desaliento porque el espíritu de sacrificio sirvió de ejemplo en las constantes luchas. Fueron verdaderos héroes que han permanecido en el anonimato, y han pagado hasta con sus vidas su amor a la emancipación de la clase.

Poco a poco, a medida de los años, los deficientes organismos obreros fueron disipando sus prejuicios, modificando procedimientos; llegó entonces a su verdadero terreno para asumir ella sola su responsabilidad, sin ley, sin amo y sin ídolos, cifrando su esperanza en la transformación con su propia fuerza.

Y siguiendo la organización sindical su proceso histórico construyendo su porvenir, ha

Las inquietudes obreras y el mito ruso

Por J. S.

Para poder manifestar la alarma que le producen los distintos movimientos revolucionarios que se operan en Europa, y casi diríamos en todo el mundo, "La Nación", el diario más representativo del capitalismo nacional y extranjero, tuvo necesidad de salirse del límite habitual de la columna en que encierra su editorial, para ofrecer a sus lectores dos columnas de densa prosa bajo el sugestivo título con que encabezamos estos comentarios.

EL SOFISMA BURGUES

Para "La Nación" no existen causas de fondo apreciables como para provocar una agitación obrera, tan intensa en Europa y Norte América. Pero como la existencia de cualquier hecho implica necesariamente el de la causa que lo motive el diario burgués se lanza a buscarla y cree encontrarla en una simple propaganda teórica, ya que no en las condiciones económicas de los trabajadores, las cuales, a su juicio, han mejorado en estos últimos tiempos de manera insospechada por los mismos beneficiados.

Esta premisa, aunque falsa, era necesaria para establecer el absurdo de que los movimientos sociales, sobre todo en el caso que se comenta, tienen como causal única la audacia de una insignificante minoría de secuaces del maximalismo, desparramados por el mundo con el propósito de soliviantar los ánimos de las masas obreras; no en perjuicio solamente de los burgueses, sino que, en primer término, de los mismos trabajadores, según la despampanante declaración del diario burgués.

Con arreglo a ese criterio, tendríamos que los únicos a beneficiarse en el río revuelto serían los de la minoría insignificante de audaces; y desde luego, la humanidad entera, o mejor dicho, las clases trabajadoras del mundo, no jugarían otro papel en los acontecimientos que no fuese el del trompo en manos de un caprichoso chicuelo.

Para "La Nación" debe ser muy significativa la parquedad de los trabajadores en cuanto a declaraciones políticas, ya que no admite que puedan luchar por un objetivo lejano sin las previas declaraciones, al modo de los clasificados en la minoría. Los trabajadores no se proclamaron comunistas; luego es que no lo son, y si en ese sentido se embarcan es por efecto del arrastre que con ellos se ejerce. Esto es escuetamente lo que el diario rico establece.

Tal absurdo nos lleva a pensar en que si la humanidad no se suicida débese simplemente a que falta una minoría que al beneficiarse con el hecho proclamase insistentemente las ventajas del suicidio.

Entre ambos absurdos hay una estrecha relación y el análisis del uno bastaría para demostrar la hilacha del otro.

La presión que el verbalismo pueda ejercer sobre las masas no es tanta que obligue a éstas a desentenderse de los intereses que le son propios para irse en pos de los ajenos. Indiscutiblemente, en este caso, como en todos los casos que constituyen la historia, la obra del agitador, o de la "minoría de audaces", apenas si logra cubrir la profunda realidad que impulsa los movimientos sociales. Su éxito no es el resultado del aporte personal que pudieran elaborar sus conveniencias, sino la oportunidad con que actúa en el medio cuyos derechos a reivindicar son idénticos a los suyos.

De no ser así, la burguesía impediría todo movimiento social que le fuese contrario, ya que como poseedora disfruta de la superioridad en cuanto a los medios para establecer corrientes de ideas y movimientos de agitación que la salvasen.

¿No es dueña de la prensa, del telégrafo y de todos los medios de publicidad? Su posición es todavía mejor, puesto que a los medios de publicidad puede agregar los de coerción, que tanto abundan a su alcance.

Si después del empleo de todos esos recursos la burguesía fracasa, debe buscar el origen de la revolución, no en los agitadores, pobres diablos conmumente desarrapados, sino en el malestar de esas masas que aparentemente marchan remolcadas.

EL MITO RUSO

Establecido ya el absurdo por cuya pendiente se desliza, a "La Nación" no le queda otro remedio que atacar el "mito ruso" para, de esa manera, combatir el otro mito que en la Europa occidental ruge, con más poder, es cierto, que los "reales" mitos de todas las leyendas. Es una manera de ensayar el papel de agitador que tanto se censura cuando se ejercita en el campo opuesto.

Pero "La Nación" yerra, ya que no es propio considerar mito lo que se presenta con caracteres tangibles, por más que sean de catástrofe.

Para el diario burgués, el mito cobra realidad, siquiera sea en forma de ruinas de un esplendor que no debió beneficiar a muchos cuando se le ha pulverizado. Algo es algo. Y esas ruinas, hiperbolizadas con arreglo al arte de la propaganda, las utiliza a guisa de muestrario que los trabajadores deben observar antes de que el resto del mundo sea convertido por su obra en una inmensa Rusia.

El estado de Rusia no es lo importante. Sus ruinas, por muy grandes que fuesen, no bastarían para influir en la revolución de los otros países, ya que los factores que sobre ellas obran son de índole propia, regidos por profundas leyes económicas, desde luego desvinculadas de los aspectos exteriores que Rusia pudiera ofrecer.

Las revoluciones no son la consecuencia de la acción de unos cuantos caprichosos, dominados por el afán de presenciar un espectáculo teatral más o menos artístico. Nerón incendió a Roma para darse un placer; más Nerón no fué un revolucionario y sí un incendiario sin solvencia penal por su carácter de supremo déspota.

Aunque Rusia estuviera económicamente arruinada hasta el extremo de la antropofagía, no bastaría para detener, ni siquiera para aplazar, un movimiento que no persigue aumento de salarios para los obreros, según el mezquino criterio de "La Nación", sino que persigue la instauración de la economía de los pueblos— con arreglo a las bases comunistas—, estropeada por la burguesía en su furia de dominación.

No hay salario que resuelva el problema donde las garantías económicas son una ficción. ¿Qué ha hecho la burguesía de las riquezas acumuladas por el esfuerzo de los trabajadores durante ese medio siglo que duró el colosal desarrollo del industrialismo? Arrojarlas a una guerra de aventuras imperialistas con el mismo frenesí del jugador que por desvalijar al vecino expone el último peso.

¡Y es sobre esas ruinas que se pretende mantener un régimen donde el salariado viva de la ilusión de que come porque percibe un salario "elevado"!

Verdaderamente, el mito es lo que el capitalismo quiere inútilmente hacer pasar como una bienandanza de su sistema económico.

Rusia, arruinada, tiene las puertas abiertas para todas las energías de trabajo que han de cimentar una riqueza común que ha de deslumbrarnos; en tanto que la característica del viejo sistema que "La Nación" adora, imposibilita toda rehabilitación. El monopolio de la propiedad, cuando se han cegado las fuentes de produccióny desbaratado las energías del trabajo por una guerra criminal, no es el sistema apropiado para asegurar a los hombres la tranquilidad que emana del trabajo retribuído con justicia.

EL IDEAL DE LAS TORTUGAS

Si "La Nación" no comete la perogrullada de decir que todo cuanto existe, por ese solo hecho está condenado a desaparecer, en cambio incurre en la torpeza, agravada por la circunstancia expuesta, de desconocer a la revolución—al acto catastrófico y violento—las cualidades intrínsecas de transformación social que posee y que son su única razón de ser.

Así habla la representante de los intereses de los herederos de la revolución francesa, la panegirista de la revolución que dió a la burguesía de América plena independencia.

Para demostrar las inconveniencias de la revolución, el diario rico expone el hambre de Rusia, primer inconveniente revolucionario, y luego la imposibilidad de crear el nuevo sistema; lo que vale tanto como decir que el mundo debe necesariamente terminar ahí y de bien mala manera. Es a lo que no quiere exponerse la gente rica, y a fin de ir preparando su salvataje, ofrece su incomparable método evolucionista, con apoyo del cual sería factible la marcha hasta alcanzar la luna sin necesidad de estrellarse.

La burguesía ofrece un procedimiento que ella desechó en las luchas que le dieron el triunfo sobre la nobleza, seguramente por que no le ofrecía las necesarias garantías para obtener la victoria que perseguía.

¿No envuelve esta "generosidad" el propósito de contener una avalancha, aunque más no sea que por el tiempo necesario para una buena preparación que permita resistir con mayor eficacia los nuevos empujes?

La obtención de un fin tan inconveniente a la burguesía por el método de evolución que ella misma ofrece, es dudoso. Dispuesta a resistir por su misma posición en la sociedad, de ninguna manera puede ser colaboradora sincera en la obra que en definitiva tiende a despojarla. Esa gradación que arranca del privilegio de una clase para terminar en la instauración de una sola clase de productores, por igual beneficiada, implica una necesaria sucesión de concesiones hasta la entrega final del último resto del privilegio. A esto no está dispuesta la burguesía. Así lo demuestran todos sus antecedentes. Enseña los colmillos a la menor petición y trata de desgarrar en cuanto la petición se hace exigencia. ¿Para cuando, pues, la concesión? ¿Para qué época la aplicación del método evolutivo? ¿Se citará como ejemplo la evolución del zarismo ruso, del kaiserismo alemán, de la aristocracia adinerada de Inglaterra o de la plutocracia francesa? ¿Se nos mostrará el espejo en que se mira la brutalidad capitalista de Norte América?

Polonia, convertida en sicaria del capitalismo mundial, no es ciertamente el ejemplo que la burguesía puede ofrecer en apoyo de sus buenas disposiciones. ¿O será Wrangel el encargado de aplicar el método evolutivo?

Si los trabajadores que han hecho la revolución, y los que la están haciendo, creyesen en la panacea evolucionista ¡qué estimable ventaja para la burguesía! ¡Lástima que sean los hombres los instrumentos de las fuerzas que empujan la historia y no las cautelosas y tímidas tortugas cuya prudencia conservadora conduciríalas a una buen acuerdo con los que se aferran a sus privilegios lo mismo que los moluscos a las rocas!

EL ESPECTACULO DEL DESASTRE

Y se recurre finalmente al argumento de las ruinas.

¡Trabajadores, se dice, no destruyais lo que no podréis reponer! ¡Por favor, volved los ojos a Rusia!

Todo esto se dice volviendo convenientemente las espaldas a la historia.

Y Rusia, al final humeante del período de destrucción, no está peor que la querida Francia burguesa en los últimos días de su 93.

La burguesía levantó su poderío sobre el hambre de la revolución y las cenizas de la nobleza. ¿Y por qué el proletariado no ha de cimentar su comunismo sobre el rescoldo de la revolución contra la burguesía? Si sobre sí se concentran todas las energías del trabajo; si es él quien representa el trabajo mismo, posee de hecho todas las virtudes que servirán de matriz para la nueva creación.

Vanas son todas las exclamaciones cuando los hombres no están en condiciones de comprenderlas. A pesar del panorama de la destrucción, que la imaginación burguesa agranda, la revolución seguirá su curso, impulsada por circunstancias superiores en poder a la voluntad de todos los que quisieran pararse para detenerla.

---

llegado en septiembre de 1920 a ser el monstruo del capitalismo; ser la fuerza organizada de mayor potencialidad y que va desmoronando el vetusto edificio social, morada de las calamidades!

El colosal paso realizado es la obra de muchos años de sacrificio y que recién empieza a dar sus frutos, y no como creen algunos que es la resultante de golpes de mano ocasionado en un momento de debilidad capitalista y que la fuerza obrera no es estable sino ocasional. ¡Mentira!

Paso a paso, con toda conciencia, la organización sentó sus dominios en tierra firme, hizo sus hombres, constituyó su carácter y creó su responsabilidad ante el mundo para resolver el problema económico y social que durante tanto tiempo tenía planteado.

Piedra sobre piedra los trabajadores levantaron su sindicato que es la nueva fortaleza con su rojo pendón al tope que animó siempre en la pelea. La lucha llega al fin, los obreros son valientes y fuertes porque se han templado al rojo vivo en la fragua del capitalismo. Vivieron bajo el imperio de la fuerza armada; pero esto no desanimó en la lucha porque los trabajadores contaban con otra fuerza superior llamada huelga. Esta fuerza ha producido la descomposición social y no se detiene hasta llegar a su total emancipación.

El capitalismo dirige los últimos ataques y no puede salvarse de su anemia. Sólo tiene esperanza en un medicamento nuevo llamado "democracia social". ¡Paradoja!

Hoy la clase capitalista y sus lacayos, al presenciar las grandes transformaciones, les parece imposible que aquellos brutos, aquellos sucios e ignorantes productores, como los llamaban ayer, hubieran sido capaces de resolver tan inteligentemente problemas tan importantes.

Los trabajadores son capaces de eso y de algo más también: de conquistar todo el mundo sin derramar ni siquiera una sola gota de sangre, por la inteligencia de sus procedimientos.

Si tiene, entonces, tanto valor la organización obrera, demos toda nuestra energía, que es el deber de todo productor; pensemos que ella ha costado tantos esfuerzos y que debemos, por ende, mantenerla, luchar al lado de ella, fortalecerla cada vez más para que sea nuestro orgullo porque ella es nuestra esperanza, nuestra familia, nuestra casa, nuestra vida.

Jenaro SCARANO.

Libertad

Gateando por el tronco del árbol subió Manolo hasta las ramas. Una vez en ellas, no sin riesgo de desnucarse, ganó la más alta de todas. Allí, oculto por un cortinón de fragantes y húmedas hojas, estaba el nido que fabricaron dos jilgueros, acolchado con sus plumas para más lujo de las crías.

Aquel nido fué, durante semanas, ansia y desvelo de Manolo. Lo descubrió cuando sólo era canastillo de calientes y barnizados huevos. Había que esperar.

Manolo esperó, vigilando con astuta cachaza el romper de los cascarones; el salir, por la rotura, de los pollos; el brote en ellos del plumón; el fortalecimiento de patitas y de alas. Ni un día dejó de encararmarse al árbol, para contemplar el cestillo donde palpitaban las crías, bien ajenas de que eran presa declaradas para aquel conquistador de ojos azules y cabellos rubios, que el aire peinaba en caracoles.

Mas ajenos aún de la acechanza vivían los jilgueros padres. Manolo sólo en ausencia de ellos visitaba el nidal. A los amaneceres, cuando iba la pareja en busca de arroyos mitigadores de su sed o, al caer el sol, cuando revoloteaba por el lejano peñascal para despedirse del astro, ascendía el rapaz a las ramas y, separando el cortinón de hojas, clavaba sus ojos ladrones en los pollos. Después, echaba tronco abajo, contado mentalmente los días que faltaban para el del enjaule de su presa.

Este día llegó. Fué aquel en que Manolo trepaba por el tronco del árbol, y se encaramaba a la rama última y extendía sus manos hacia el nido donde los pájaros saltaban.

Subió sin precaución alguna, sin ocultarse de los padres que revoloteaban por encima de su cabeza, amenazándole con sus engarfiadas garrillas. ¿A qué las precauciones? Los padres no le podían estorbar; eran débiles para defender a sus hijos. Dentro de poco estarían estos en poder de Manolo.

Por eso y para eso llevó al pié del árbol una jaula. En ella acomodaría a sus prisioneros, dejando a los padres el cuidado de alimentarlos hasta que los prisioneros pudieran valerse por sí propios. Entonces daría libertad a las hembras dejando a los machos en permanente cautiverio para que alegraran con sus trinos la casa.

Tras el niño fueron los padres de los presos. A veces, se tropezaban en el aire; otras se dejaban caer juntos, llegando hasta el ras de la jaula, rozándola con sus temblorosas patitas. Luego se alzaban al espacio describiendo círculos sobre la cabeza del ladrón.

Apenas puesta por Manolo la jaula en el alfeizar del campesino ventanal, los dos jilgueros, sin aguardar que se retirara el muchacho, sin temor al daño que éste pudiera hacerles, se aferraron a los barrotes, metiendo por entre ellos sus picos, buscando las bocas de las crías: dijérase que las besaban.

Al fin se alejaron, posando sobre una acacia próxima, ennegrecida por la sombra crepuscular.

Aquella tarde no fueron a despedir al sol.

Era el día franja imperceptible en Oriente y ya cantaban sobre la acacia los padres de los pájaros prisioneros. No cesaba su canto hasta que la jaula aparecía en el alfeizar. Llegábanse a ella los jilgueros y procuraban forzar los mimbres con sus garras y con sus picos; después, viendo lo inútil de su afán, abrían las alas y se alejaban rápidos, silenciosos, sin que un gorgeo alegrara su viaje.

A poco volvían, trayendo alimento y agua a sus hijos. Estos avanzaban hasta el límite de su prisión con las bocas amarillas de par en par abiertas. Metían sus padres el pico por el

INFORME DE SECRETARÍA

SUBCOMISIONES AUXILIARES

Como decíamos en nuestro informe anterior la C. A. había nombrado con carácter provisional las comisiones auxiliares que deben tener a su cargo los trabajos de organización, propaganda, estadística y expedición.

Dos de esas comisiones han entrado en funciones, pudiéndose notar sin gran esfuerzo que ellas están llamadas a prestar al sindicato servicios incalculables.

Tanto la comisión de organización como la de expedición que son las que actúan, han tenido que realizar un intenso trabajo a fin de normalizar las tareas.

Sin aventurarnos a decir del resultado de la labor de las subcomisiones, estamos convencidos que una vez normalizados los trabajos a que cada una de ellas deben dedicar sus actividades, nuestro sindicato podrá llegar a ser un modelo de organización y perfecionamiento.

NUESTRAS HUELGAS

Como es del conocimiento de todos los camaradas del gremio, el trabajo en los dos últimos dos meses, ha decrecido en forma si no alarmante, cuando menos acentuada, provocando dicho fenómeno la codicia patronal de arrebatar las conquistas del gremio, sobre todo los ''bolicheros'', los cuales han querido medir sus fuerzas con el sindicato.

Inútil será decir que todos ellos han sido batidos por la organización, quedando algunos sin deseos de provocar nuevas luchas.

Los que aun no han sido derrotados se ven encerrados en un verdadero bloqueo, por medio de vigilancias a los talleres, realizadas por los propios huelguistas, lo cual no tardará en dar por resultado la capitulación de los mismos.

En el momento de cerrar esta edición se termina de solucionar uno de los conflictos de mayor importancia, que venía sosteniendo el gremio. Nos referimos al de Lapidus y Smud, — del cual nos ocupamos más adelante — y que tuvo la virtud de poner en movimiento las ''célebres'' brigadas de ''guardias blanca'', los cuales, con su ''honestidad'' y ''orden'', se han encargado de comerle unos cuantos miles de pesos.

Además, han dejado el taller en un estado lamentable de desorganización, lo que únicamente volverá la normalidad cuando vuelva el personal huelguista, altivo y digno, satisfecho de haber demostrado a propios y extraños lo que puede la disciplina y conciencia de los personales organizados.

Por esta vez, la célebre asociación del trabajo tendrá que convenir en que no es posible luchar con los obreros cuando éstos están bien poseídos de un amplio espíritu de lucha y sacrificio, y no renuncian a sus derechos sino después de agotados los múltiples recursos que posee la organización de los trabajadores.

TALLER TARRIS

Las 44 horas semanales y otras mejoras

Lo que le está ocurriendo al ínclito secretario de la patronal, merece un párrafo aparte — y no será por lo simpático y decente que nos ocuparemos de él — sino para dejar constancia, una vez más, que es inútil quererse desentender de la organización, siendo ello algo que, pese a la estúpidez patronal, y a los vergonzosos panfletos de corte frailuno que se distribuyeron con profusión entre los obreros de ''orden'', ha de imponerse en ese y en cualquier otro taller si se tiene el propósito de producir con el fin de vender las mercancías, pues el producto de los ''carneros'', es algo que a pesar del ''orden'' honradez e independencia de los mismos, se tropieza con la ''pequeña'' dificultad de no poderlas vender.

Y esto que lo diga Tarris; y que diga también de su buena voluntad paracon el personal de la casa; al cual se le ha ''dado'' la semana de 44 horas y aumentos considerables de sueldos.

Se pretende atraer a los elementos indispensables para el trabajo, que hoy le faltan a la casa? Es evidente que eso se perssigue, pero no cuentan estos ''inocentes'' patrones, que precisamente ese elemento es el que menos probable resulta atraer, por la muy lógica y sencilla razón que son los más vinculados al sindicato — a pesar de lo que nos decían los panfletos — y que sólo irán a ese u otro taller cuando lo disponga el sindicato.

Y, sin embargo, señores, la partida será nuestra. A cada chancho...

Antes de termiar diremos a los camaradas que en la actualidad la casa no cuenta con el personal indispensable para intentar siquiera, hacer ningún trabajo, y no lo tendrá hasta tanto el sindicato así lo disponga.

El que ríe último...

¿Y las proclamas, monseñor Tarris?

TALLER THOMPSON

Otro de los talleres que debe necesariamente colocarse en las mismas condiciones que todos los demás del ramo, ha de ser el de Thompson, para lo cual ningún compañero, ya sea de la casa o no, ha de dejar de contribuir llegado el momento, para la realización de nuestros propósitos.

Una vez más, va a ser indispensable, concentrar todos los elementos contra dicha fortaleza, y probaremos nuestras fuerzas. ¡Ellos o nosotros! Esto no admite término medio. O se respeta el pliego del sindicato o no se respeta.

Aquí probaremos si los obreros de dicha casa son capaces de romper con esa desastrosa situación de impotencia frente al capitalismo y colocarse — si no en mejores — por lo menos en iguales condiciones que los demás talleres.

Y como decíamos al principio, en esta obra deben interesarse todos los asociados, sin distinción, pues la casa mencionada está considerada en el ramo como de primera categoría, y no debemos permitir de ningún modo que su situación frente al sindicato sea distinta, o cuando menos desfavorable, comparada con la de sus similares.

No olviden los compañeros que Thompson representa en la indstria lo más reaccionario de la fracción patronal, y por tanto, el gremio todo no debe rehuir la lucha, si fuera necesario entablarla, para establecer en forma concluyente la personalidad sindical, en su taller.

Acabamos de derrotar con todo mérito a la célebre ''Asociación'', representada por Lapidus y Smud, y derrotaremos a Thompson, si para ello fuera necesario recurrir a la huelga.

El personal no estará sólo en el caso de producirse la lucha; todo el gremio responderá porque a todo el gremio interesa uniformar las condiciones del mismo.

Basta de tolerancia, pues. Si fuera necesaria la lucha, la haremos gustosos, seguros de derrotar al testaferro de la patronal, que si en la anterior oportunidad salió bien librado, sepa que estamos repuestos y decididos.

Todos los ramos afines, sean tallistas, carpinteros, tapiceros, pintores, etc., están listos como asimismo los del transporte, para secundar nuestra acción.

¿Probaremos las fuerzas?

EL CONFLICTO CON LAPIDUS Y SMUD

Termina triunfalmente

Al cumplir los tres meses de duración ha terminado de manera victoriosa para los trabajadores el conflicto que se mantenía con la casa de Lapidus y Smud.

La intentona, torpe por cierto, de zafarse del personal organizado, no dió a los burgueses el resultado apetecido y hubieron de rendirse ante la fuerza aceptando las condiciones impuestsa por el sindicato.

Cuando los obreros ingleses imponen condiciones a su gobierno y el de Italia se inclina a escuchar las exigencias de los obreros en posesión de las fábricas, es de una suprema ridiculez para un Lapidus y Smud el propósito de tornar a los tiempos viejos, cuando pagaba a sus obreros vergonzosos salarios de hambre abrogándose también el contralor absoluto en la producción.

Lo habido, creemos les habrá demostrado que no en balde corre el tiempo, y que si ayer fué posible ser dueños y verdugos de trabajadores, hoy lo último es imposible y lo primero no pasa de una posición transitoria

Los crumiros

Guardados por la policía cuando rendían provecho a los burgueses, por ella fueron desalojados cuando nuestra organización se impuso. Abandonaron el taller envueltos por la mirada despreciativa de los vecinos y fueron seguidos de esa repugnancia que ni los leprosos consiguen inspirar.

Corrido por los burgueses, empujado por la policía, chiflado por todos los circunstantes y odiado por los trabajadores, ¿adónde irá ese rebaño de animales bípedos que no tropiece con el desprecio que tanto hiere el amor propio de los hombres dignos?

Su destino no importa saberlo. Pero debe ser peor que el de los suicidas, al juzgar por el terrible pasaje que los envolvió en una nube de asco.

Los que tenemos la felicidad de no ser señalados a los que pasan, como personificadores de la traición, debemos inspirar nuestras acciones en esos hechos que, cual el de los exhuelguistas de Lapidus y Smud, realzan la conciencia de los trabajadores ante los compañeros de clase y a los ojos de los propios enemigos. Que es a lo que se han hecho acreedores los buenos compañeros que después de tres meses de lucha tornaron a sus puestos de labor con la frente alta, y en lo íntimo de su conciencia con la satisfacción del deber cumplido.

¿INFORMACIÓN GREMIAL?

Para que los sindicatos obreros cumplan libremente su rol histórico, es necesario respetar y hacer respetar su independencia frente a las sectas y partidos. Es indispensable para la salud de los sindicatos, y de hecho para los trabajadores que los integran, que ningún partido político o agrupación que viven al margen del movimiento sindical tenga ingerencia ni directa ni indirecta en el desenvolvimiento de la acción de clase que desarrollan. Y se hace y se ha hecho indispensable la independencia de acción frente a todas las tendencias políticas o ideológicas por cuanto toda ingerencia extraña a los sindicatos ocasionaría la consiguiente disgregación de los elementos que lo componen por pertenecer ellos a las más variadas tendencias políticas e ideológicas y desviarían su acción neta y claramente de clase para supeditarla a la égida de las fracciones.

Precisamente, lo que tantos años de lucha costó para librar al movimiento sindical de ingerencias extrañas, nos permite observar con inmensa satisfacción a los trabajadores congregados en la F. O. R. A., libre de toda tendencia, sea ella cual fuere. Pero, y aquí hay un pero; no ha faltado, como nunca faltará ese perverso propósito de dominar a los sindicatos obreros.

De quien nos ocupamos son los que siempre han dicho que ellos respetan la autonomía del "movimiento gremial".

Eso no ha ocurrido.

Hace un tiempo se ha formado bajo la dirección, o con el amparo del Partido Socialista, un llamado "Comité de información gremial". En realidad, lo de "información gremial" ha resultado un perfecto taparrabos, y de hecho ese Comité ha venido a desarrollar una obra de ingerencia en los asuntos que son de incumbencia y atañen solamente a los sindicatos obreros.

El primer "golpe" dado fué en el congreso ferroviario que últimamente se realizó. Los delegados que pertenecían al Partido Socialista, a invitación del citado Comité, realizaron diversas reuniones clandestinas y en ellas determinaban la ruta a seguir dichos delegados en el congreso.

En posesión de todos los datos, el secretario general de la Federación Ferroviaria, camarada Rosanova, publicó en el número 2 de "El Obrero Ferroviario" todo lo ocurrido en las reuniones realizadas y puso en descubierto la treta. Para ello utilizaron al ex pro secretario de la Federación Ferroviaria como instrumento para el desarrollo del plan que venían realizando; dicho elemento fué expulsado como miembro del Consejo por haberse comprobado que había confeccionado la lista de delegados que debían componer el futuro Consejo Federal y una serie de chanchullos, sirviéndose para ello del cargo que ocupaba.

El citado Comité no iba a circunscribir su radio de acción, como es de imaginarse, al gremio ferroviario; el propósito, según los hechos que se han venido produciendo, es de inmiscuirse en el seno de todos los sindicatos y en el próximo congreso de la F. O. R. A. desarrollar su plan general, es decir, hacer lo que han hecho en el gremio ferroviario: supeditar las resoluciones que se tomen a la voluntad de los dirigentes del comité político citado.

Eso no se puede admitir, bajo ningún concepto. Los mismos obreros sinceros y afiliados al Partido Socialista se han erguido valientemente contra los propósitos de dicho comité. Ningún obrero sincero puede aceptarlo.

Las secciones ferroviarias van resolviendo ya sobre este enojoso asunto, con toda inteligencia, repudiando esos actos. Además, los

---

hueco de los barrotes e iban depositando en aquellas bocas glotonas, simientes y granos machacados, gotas de agua que aun conservaban la frescura del manantial.

No venían juntos. Venían separados, cruzándose en la atmósfera, alejándose el uno de la jaula antes de que llegase el otro, juntándose en el aire, deteniéndose en él un segundo y siguiendo después su marcha, el uno hacia los hijos, el otro hacia las siembras, donde el grano brillaba como oro entre los surcos; hacia las fuentes donde el agua cae gota a gota, como una lluvia de brillantes.

Era de notar como los padres no daban a un mismo hijo el alimento dos veces seguidas; lo distribuían por turno sin error nunca en el reparto. Diríase que al tropezarse en el espacio, al detenerse en el aire un segundo, preguntaba el que llegaba al que volvía:

—''¿A quién distes ahora?''

—''A fulano.''

—''Entonces le toca a mengano.''

Y por la boca de mengano entraba el grano color de oro o la gota de agua diamantina.

Gran regocijo era para Manolo contemplar aquellas idas y venidas. Muchas veces, acodado en el ventanal, punto menos que tocando con sus dedos la jaula, seguía el trajín afanoso de sus cautivos y el trabajo de sus mantenedores. Estos parecían no reparar en él. Alimentaban a sus hijos, alegraban su cautividad con gorgeos, o aferrándose a los barrotes, batían contra ellos sus alas y mordían con sus picos el mimbre. A veces ponían en Manolo sus ojos negros, rencorosos, ardientes... El muchacho reía y los pájaros se alejaban con temblores de odio en la pluma.

Ya los cautivos recorrían la jaula con planta firme y presurosa; sus alas se abrían en traza de volar. ¡Triste vuelo que sólo llegaba hasta la techumbre de mimbre, desde la cual se dejaban caer los pajarillos, estirando el cuello hacia los azules del espacio, donde cabeceaba el sol!

Los padres seguían proveyendo a su manutención, pero en ocasiones, retrasaban sus viajes; otras permanecían inmóviles enfrente de la jaula, clavando en ella sus pupilas tenaces; después se acercaban uno a otro, doblaban los cuellos hasta unir las cabezas y cerraban sus picos como si hablaran por lo bajo, de oído a oído, consultándose...

Al ver a Manolo hacían ademán de lanzarse contra él.

Después huían para reunirse en el árbol a la casa frontera. Allí permanecían quietos, mudos, sin endulzar con sus gorjeos la tristeza de los esclavos.

Hubo un día en que apenas se aproximaron a la jaula.

—¡Aunque no vuelvan más — monólogo Manolo. — Los pajarillos pueden mantenerse a sí propios. Mañana haré la separación de los machos. ¿Por qué mañana? Hoy mismo.

Dicho y hecho.

Metiendo la jaula en su cuarto y levantando el cierre, sacó las hembras que eran dos. Abrió la ventana y las dejó encima del alfeizar.

Pronto se lanzaron a la atmósfera piloteadas por su padre, que al detenerse con ellas, encima de la acacia, prorrumpió en un himno triunfal.

Paró el canto de pronto, al colgar Manolo del alfeizar la jaula donde aleteaban los machos. Sus padres, al verlos, saltaron de las ramas, giraron y regiraron en torno de los mimbres, y gritando, mejor que piando, hicieron rumbo con sus hijas a un árbol más distante.

Fué al medio día, mientras almorzaba con sus padres Manolo.

Los jilgueros llegaron a la jaula, cuyos mimbres rechinaban acariciados por el viento. Breves instantes permanecieron contemplándola. Después se aferraron a los barrotes, sacudiendo la jaula, piando con furia. Sus garras tiraban de los mimbres, ,sus picos los mordían... ¡Inútil! ¡Inútil como siempre! ¡Eran pocas sus fuerzas para libertar a los cautivos!...

Entonces llamaron suavemente a sus crías.

Estas avanzaron abiertas las bocas, relampagueantes de amor el azabache de sus ojos.

Súbito retrocedieron, tambaleándose; rodando fueron hasta el rincón último de la jaula; allí quedaron encogidas, apelotonadas, hechas un temblante montón de plumas.

Cuando Manolo fué en busca de la jaula, halló agonizando a los presos. No tenían ojos; no tenían tampoco lengua. Sus padres habían arrancado los unos a golpe de garra y cortado a tajo de pico las otras.

Cortaron las lenguas para que el esclavo no cantara al señor. Cegaron los ojos para que el esclavo no viese con ellos horizontes que nunca podrían sus alas recorrer.

Joaquín DICENTA.

Toda la fuerza reside en el Sindicato y no en el tutelaje de partidos o grupos

Por ANGEL J. RENOLDI.

Hemos sostenido siempre que los sindicatos obreros, mediante su acción—por su condición específica de organismo de clase—son los únicos llamados a tener preponderancia en la obra revolucionaria que realiza el proletariado, en procura de su libertad, por sobre los partidos o grupos.

Los hechos que se operan en la vida diaria nos confirman en esta verdad, robusteciendo el concepto de que las organizaciones obreras deben proceder con una completa independencia de los grupos y partidos, para que su acción tenga un verdadero valor revolucionario y pueda, en consecuencia, transformar las condiciones generales de la sociedad capitalista presente, ya en su faz política, ya en su orden económico.

Esto no pueden realizarlo ni los grupos, por más revolucionarios que pretendan ser, ni tampoco los partidos por más avanzados que sean.

Y esto tiene su explicación.

Radica el poder de los sindicatos en el hecho de que todos sus componentes ejercen, dentro de la fábrica, taller u otro lugar de producción, una función útil y necesaria para la subsistencia, y que, por lo tanto, le da a él un poder, el que sumado al de los demás productores, constituye una fuerza que le permite oponerse, con éxito, al sistema capitalista, basado en la explotación del hombre por el hombre.

Así como el sistema capitalista tiene su base en la estructura económica del presente orden de cosas, y desde allí nace su poder, la clase productora encuentra también dentro de los lugares de producción los medios para librarse de la opresión que sufre en la actual sociedad.

Por esta sencilla razón, quienes realizan la verdadera obra revolucionaria son los productores, puesto que no se concibe un taller o fábrica sin obreros, pero puede existir una fábrica o taller sin patrones.

Con ello queremos significar que sólo los productores son los que en realidad poseen una fuerza capaz de poderlos libertar del yugo al que se encuentran sometidos.

Por ello los sindicatos obreros, compuestos por productores, son los únicos que tienen el poder de transformación, que en balde buscan muchos obreros en los grupos de afinidad o en los partidos políticos. Los partidos no tienen ningún poder de transformación, y por ende, revolucionario, por cuanto quienes los componen no tienen los mismos intereses, dadas sus diferentes condiciones sociales. En el partido no predomina el carácter del productor, sino la condición legal marcada por la ley; es decir, el "ciudadano", que como tal pierde el poder y fuerza que como productor tiene dentro de su sindicato de oficio.

Aun cuando el partido estuviese formado sólo por trabajdores, su acción sería completamente ineficaz, por cuanto buscaría en el orden político la solución de un problema que debe plantearse en la estructura económica de la sociedad, por ser de ahí de donde emergen las formas políticas.

Ese error de procedimiento en los trabajadores que cambian el campo de lucha económica por el de la política, se ha evidenciado en la reciente contrarrevolución alemana encabezada por Kapp, donde fué necesaria la acción obrera organizada para derrotar a la reacción que el Partido Socialista no pudo contener. El poder que el partido no pudo conservar volvió a sus manos en virtud de la huelga general, arma sindical, y por ende, extraña a las modalidades de la lucha política.

Con esto queda demostrado que únicamente los sindicatos son los llamados a realizar esta obra de emancipación que desde hace muchos años preocupa a la clase productora del mundo entero.

Por otra parte, podríamos citar la acción de los laboristas ingleses, que con la simple amenaza de la paralización de la producción, hicieron cambiar de política al gobierno con respecto a la acción que pretendía emprender contra la Rusia revolucionaria. Si los laboristas ingleses no hubieran tenido una sólida organización sindical, a buen seguro que el gobierno no hubiera cambiado tan radicalmente de política.

Es que él sabía, como lo saben todos los gobiernos y capitalistas, que parada la producción, que es el eje y apoyo de todo el engranaje capitalista, no hay posibilidad de hacer nada; todo se sostiene por medio de esa vasta y fecunda producción que a diario realiza en el taller el productor asalariado.

Es que ello importa la vida, mientras que su negación es la muerte de todo.

En cuanto a los grupos de afinidad, por más ribetes de revolucionarismo que tengan, tampoco tienen poder de transformación, dado que el problema que débese resolver, requiere para solucionarlo, una fuerza capaz y bien organizada, con una disciplina que solamente el sindicato posee.

Es que la acción que debe realizarse, debe obligar al enemigo, por encima de sus intereses, a modificar condiciones que implican lesionar sus propios intereses.

Y esto sólo se puede plantear en los lugares de producción, por cuanto es allí donde los trabajadores son necesarios e indispensables, y por lo tanto, no puede hacerse de esto una obra de "opinión", como creen poderlo hacer los grupos, sino que tiene que ser la obra del conjunto de personas con iguales intereses y aspiraciones.

Por otra parte, los grupos de afinidad, además de no tener ni el poder de liberación que posee el sindicato obrero, son un obstáculo para la obra que éste realiza, por cuanto hace una obra de verdadero sectarismo, que trae como consecuencia el distanciamiento de los obreros.

Cosa opuesta a la que persigue y necesita el sindicato obrero para realizar su obra revolucionaria de transformación social. Mientras el sindicato, por encima de las nacionalidades, religiones, ideologías y partidos, llama y mancomuna a todos los trabajadores en su condición esencial de productores asalariados, los grupos los dividen mediante ideologías, obra idéntica en resultados perjudiciales para el sindicato a la que realiza la clase capitalista, que organiza a los obreros de carácter dócil para someterlo a todas las imposiciones. Y si no, ahí tenemos el ejemplo: los círculos de obreros, con carácter clerical, la liga patriótica con sus brigadas de oficio, a base de sentimientos patrios, y las sociedades protectoras del trabajo libre.

Pero a pesar de todos estos obstáculos, por encima de los intereses de partidos o grupos, surge y se mantiene limpia de toda impureza la grandiosa obra de los sindicatos obreros, con las conquistas que a diario obtiene dentro de los lugares de producción, mediante su propia acción.

Y esta acción de todos los días, tiene para los productores un alto valor, no ya sólo por las mejoras que conquista, sino por la experiencia que de los hechos saca, que le permite ver las cosas y apreciarlas en su forma exacta. Ellos han podido constatar que sólo mediante el sindicato obrero, se puede llegar a la completa liberación, y que para realizar esta magna obra es menester, y se hace indispensable, una completa autonomía de parte del sindicato de todo partido político o grupo ideológico, por cuanto el sindicato, por sí mismo, posee los medios necesarios para la emancipación obrera.

Mediante él los obreros educan su voluntad a cumplir con su deber, que más adelante será lo que suplantará a la disciplina burguesa, dentro de los lugares de producción; en el sindicato se obtiene un conocimiento exacto de las cosas, lo que equivale a estar dotado de una capacidad revolucionaria que significa subordinar el interés individual al interés colectivo.

Es la verdadera escuela revolucionaria del Socialismo de los productores asalariados, libre de todo tutelaje extraño a su propia naturaleza.

La transformación social del presente régimen, será un hecho cuando los trabajadores tengan afianzados sus sindicatos obreros en forma tal que el nuevo mundo de productores libres descanse sobre la producción ejecutada bajo el contralor de los sindicatos obreros.

---

comités centrales de los sindicatos ferroviarios de Talleres y Tráfico han tomado una enérgica resolución en el sentido de expulsar a cualquiera que intervenga en esa clase de manejos.

Se hace necesario, además, que el Consejo Federal de la F. O. R. A. tome cartas en el asunto y deslinde posiciones: o el comité citado no toma ingerencia alguna en las cuestiones que son de incumbencia de los sindicatos o se les denuncia ante los sindicatos, demostrando la obra divisionista que realizan.

El Consejo Federal de la F. O. R. A. debe hacer respetar la Carta Orgánica federal, no permitiendo que ningún grupo político tome ingerencia en los sindicatos obreros.

Que los partidos hagan su obra dentro de su órbita de acción electoralista, pero que jamás se inmiscuyan en los asuntos sindicales. Los sindicatos obreros ni los llaman ni los precisan, y por lo tanto, si no quieren que nosotros nos interesemos de la vida de los partidos, que ellos no intervengan en nuestros asuntos. ¡Conservemos la distancia!—**J. L.**

SOCIEDAD ESCULTORES EN MADERA

EN HOMENAJE A SU VIGÉSIMO CUARTO ANIVERSARIO ESTE SINDICATO TIENE ORGANIZADA UNA

Gran Función, Conferencia y Baile

QUE SE REALIZARÁ EN EL

Salón Concordia, Rincón 1141, el Sábado 2 de Octubre próximo, a las 20.30

SE REPRESENTARÁN LAS OBRAS "LOS ÍNTEGROS", EL MONÓLOGO "CAUSA CRIMINAL" Y HABRÁ TAMBIEN NÚMEROS DE CANTO Y MUSICA. DISERTARÁ EL CAMARADA JUAN FERLINI SOBRE LA REVOLUCION RUSA. ¡NO FALTAR!

Los Ebanistas de Mendoza triunfan

Una comunicación de la sociedad de Ebanistas de Mendoza nos anuncia el triunfo de la huelga que sostenía, y de la que dimos noticia en la edición anterior de **El Obrero Ebanista.**

Se trata, pues, de la conquista de mejoras tan importantes como la de la semana de 44 horas, abolición de algunas herramientas, elevación de jornales y otras de orden secundario. Además, dichos compañeros impusieron a los patrones una indemnización de un 25 por 100 sobre el total de los salarios perdidos a consecuencia del conflicto.

Por lo que se ve, es un triunfo en toda la línea y del que pueden enorgullecerse los valientes compañeros ebanistas de Mendoza.

Anotemos este triunfo en el haber del gremio y vayan nuestras felicitaciones a los que supieron conquistarlo.

Las Leyes y la Justicia

—He meditado sobre la filosofía del derecho — dijo monsieur Bergeret, — y he visto que toda la justicia social se basa en estos axiomas: el robo es condenable; el producto del robo es sagrado. Estos son los principios que afianza la seguridad de los individuos y que mantienen el orden en el Estado. Si alguno de esos principios tutelares fuera desconocido, la sociedad se derrumbaría toda entera. Ambos fueron establecidos en el principio de los tiempos. Un jefe vestido de pieles de oso, armado de un hacha de pedernal y de una espada de bronce volvió con sus compañeros al cercado de piedras donde las criaturas de la tribu estaban encerradas con los rebaños de mujeres y de rengíferos. Traían con ellos a las jóvenes y a los jóvenes de la tribu vecina, y también piedras caídas del cielo, que eran preciosas porque con ellas se hacían espadas que no se doblaban. El jefe subió a "un" montículo, en medio del cercado, y dijo: "Estos esclavos y este hierro que he arrebatado a hombres débiles y despreciables son míos. El que ponga sus manos sobre ellos sufrirá el golpe de mi hacha". Tal es el origen de las leyes. La significación íntima de ellas es antigua y bárbara. Y porque la justicia es la consagración de todas las injusticias, es por lo que aquélla infunde confianza a todo el mundo. Un juez puede ser bueno, porque los hombres no son todos malvados; la ley no puede ser buena, porque es anterior a toda idea de bondad. Los cambios que se han inntroducido en ella en la sucesión de los tiempos, no han alterado el carácter original. Los juristas la han hecho sutil y la han dejado bárbara. A su ferocidad misma es a lo que debe el ser respetada y el parecer augusta. Los justiciables creen en la justicia de las leyes. No tienen una moral distinta de la de los jueces, y piensan como ellos, que una acción castigada es una acción castigable. Muchas veces me he imaginado al ver en la policía correccional en la Corte de Assises, que el culpable y el juez están perfectamente de acuerdo sobre las ideas del bien y del mal. Uno y otro tienen las mismas preocupaciones y una moral común.

Anatole FRANCE.

Todo hombre puede ser tu colaborador; pero ninguno tu director, absolutamente ninguno, ni el mejor, ni el más sabio, ni el más elocuente, ni el más valiente; porque aunque reuniera en sumo grado todas esas cualidades juntas, siempre sería inferior a la totalidad de sus dirigidos, y forzosamente habría de ser un tirano.

A. LORENZO.

Jamás los sindicatos deben estar vinculados o subordinados a grupos políticos, si quieren cumplir su misión. Los sindicatos son la escuela del socialismo. Si ellos no permanecen independientes de los partidos políticos, reciben un golpe mortal. En los sindicatos los obreros luchan contra el capital y se hacen, por lo tanto, socialistas. Todos los partidos políticos, sea cualquiera su dirección, dan entusiasmo a la masa obrera por poco tiempo. Solamente los sindicatos pueden representar el verdadero partido obrero y oponer la fuerza de los trabajadores al poder del capital.

Carlos MARX.

Importante

Lsita de subcripción pro-huelgistas de Rosario

A los delegados que aún tuvieran en su poder listas de subscripción Pro Huelga de Rosario—aunque estén en blanco—se les avisa por última vez que las devuelvan a la Secretaría, de lo contrario publicaremos sus nombres.

A LOS ASOCIADOS EN GENERAL

La Comisión Administrativa recomienda especialmente a los compañeros que antes de empezar a trabajar en cualquier taller — y si es posible antes de llevar las herramientas— concurran a la Secretaría a informarse de las condiciones en que se halla la casa.

Esta recomendación debe ser tenida muy en cuenta por los socios, a fin de no hacer que se repitan lo hechos ocurridos hasta este momento, de que se ha trabajado en casas en conflicto con el Sindicato, por no llenar ese requisito, bien sencillo por cierto.

NUESTRA BIBLIOTECA

La Comisión Administrativa, en una de sus últimas reuniones ha resuelto reorganizar la biblioteca del Sindicato. Al efecto ordenará los libros existentes, adquirirá otros de positiva utilidad y colocará de esa manera al gremio en condiciones de bastarse a sí mismo en lo que respecta a la ilustración de sus miembros.

Como una obra de esta índole demanda ingentes gastos, todos los compañeros deben, con el fin de cubrirlos, colaborar en ella; para lo cual nada mejor que la donación de libros. Cada cual puede aportar al patrimonio común, aquellos volúmenes que por haberlos leído no le ofrezcan mayor interés. De esta manera el sindicato podrá reunir en una biblioteca una buena cantidad de libros sin gravar excesivamente el fondo social.

El Sindicato como factor imprescindible de emancipación

Es de todo punto de vista una verdad indiscutible que a medida que el Sindicato se afianza y consolida como entidad netamente de clase y expresión práctica de los anhelos de liberación que sustenta el proletariado, vése abocado en sus múltiples alternativas a ensanchar su radio de acción en las distintas y complejas faces de su proceso revolucionario.

En este sentido y como consecuencia lógica de lo expuesto, más arduos y complicados son los problemas de todo orden que se le presentan y que requieren el mayor grado de capacitación en sus componentes, para resolverlos de acuerdo con los intereses y aspiraciones generales de la clase obrera.

Este aserto, que para algunos podrá ser una paradoja, no dejaría de servir, sin embargo, como argumento irrefutable para controvertir la opinión errónea de los que sólo conciben al Sindicato como cercado en el estrecho círculo de un corporativismo mediocre a base de un mejoramiento circunstancial de las condiciones de sus asociados, considerándolo como un complemento de otras actividades que emergen de partidos políticos o grupos ideológicos que procuran saturar al "pueblo" de sus respectivos credos o ideologías, pero que no tienen ningún punto de contacto con la organización obrera.

Y así como podemos constatar el hecho de que obreros que demostrando aparentemente estar imbuídos de los más "sublimes ideales", pero con el criterio antes citado acerca del Sindicato, viven "balconeando" en el mismo, hacen objeto de las más acerbas críticas la labor que realizan los compañeros más activos al par que eluden siempre el compartir con ellos el trabajo y las responsabilidades y por otra parte ponen todos sus esfuerzos y entusiasmos al servicio de fracciones idealistas que enseñan al "pueblo" la "teoría" de la "revolución social".

Pero para los que vivimos algo de cerca la vida del sindicato, con el convencimiento adquirido, no con estudios teóricos demasiado profundos sino como resultado de la experiencia de la vida diaria, tal opinión es completamente equivocada.

Entendemos que la organización de los trabajadores asalariados en sus respectivos sindicatos no ha de ser comprendido como un factor complementario de las actividades de organismos que viven al margen de la organización obrera, sino como el factor esencial e imprescindible para lograr hacer efectivo y real en todas sus partes el noble postulado de emancipación del mundo del trabajo de la explotación capitalista.

Y es en virtud de este convencimiento que llegamos a la sintética conclusión de que todo el conglomerado de sumisión e injusticias que soporta la clase desposeída deriva en un todo de la apropiación privada por parte de algunos del fruto del trabajo de los más.

Y a abolir tan injusto estado de cosas es a lo que tiende la clase de los productores de la riqueza social. Y es así entonces como entendemos que la prosecución de tan noble propósito no ha de ser el fruto de la verborragia rimbombante tendiente a demostrar al "pueblo", esa masa multiforme y caótica con su conglomerado de individuos con intereses creados y situaciones de privilegio dentro de la actual sociedad capitalista, de la justicia de nuestra causa. No, la labor de demolición de la estructura del edificio capitalista le está designado el realizarla única y exclusivamente a la unión consciente de los trabajadores en sus organismos específicos de clase, "los Sindicatos". Es al sindicato al que le incumbe la obra de preparación y capacitación, obra práctica insuperable, el inculcar en la mentalidad obrera la convicción del poderío que constituye la unión mancomunada de sus fuerzas y voluntades en razón misma del derecho que le asiste como clase productora a regir los destinos del mundo del trabajo y poner término de una vez por todas al ciclo de la tutela capitalista y estatal.

Ya vemos entonces cómo el sindicato responde en un todo a dicha finalidad, tiene como virtud primordial el elevar mejorando las condiciones de los trabajadores y es así como va formando la conciencia en los mismos, y como resultado de la luchas continuas entabladas a la burguesía imponiendo nuevas condiciones de vida y de trabajo va violentando cada vez más el círculo de la explotación capitalista que le confiere su situación de privilegio al par que demuestra palpablemente y se va infiltrando en los obreros la firme convicción de que la liberación de su esclavitud ha de ser la obra de los mismos y como resultado de su capacitación y aptitudes para asumir la dirección de la producción.

Y cuando los trabajadores del campo, del taller de la usina y de todas las actividades de la vida humana hayan logrado poseer este grado de comprensión de su verdadera situación dentro de la actual sociedad, tiemblen todos los tiranos de la tierra porque habrá tenido fin la era del capitalismo y toda la cohorte de histriones parasitarios.

Y mientras tanto prosigamos firmes en la lucha sin desviarnos de la ruta emprendida ni perder de vista el objetivo primordial de nuestras aspiraciones y tendremos entonces la satisfacción del deber cumplido al contribuir a cimentar las bases de la futura sociedad de productores libres, y a abolir en consecuencia la infame explotación del hombre por el hombre.

A. SILVEIRA.

El negocio de los armamentos

Vuelve a agitarse el espectro de la desconfianza entre las repúblicas Sud-Americanas.

En tren de conjugación del verbo armar, armar, cada una sofistica sobre la conveniencia, o mejor dicho, la urgencia de aumentar la ferretería naval.

Quizá a ello no sea extraña la intriga europea para la venta del material bélico sobrante.

Desde la firma del armisticio, Francia se anticipó, comisionando a generales y hombres políticos de figuración. ¿Para qué?

La nota del ministro francés acreditado en Bolivia, llamando la atención del gobierno de ese país, sobre el desagrado con que veía se permitiese la entrada a un general alemán, no necesita comentarios.

Por lo visto Francia no sólo busca eliminar toda influencia o competencia alemana por aquí, sino que persigue a los alemanes con una intensa campaña tendenciosa.

"O Paiz" de Río de Janeiro — nacionalista — sofistieando sobre la necesidad de una escuadra tres veces mayor que la argentina, revela la farolería del militarismo, producto de la "comparsa" desempeñada por el Brasil de los "fazendeiros", en el acto último del drama capitalista europeo.

Más la prueba de las intrigas francesas en el Brasil no deja lugar a dudas al leer la insidia circulante por ahí sobre actividad de agitadores alemanes entre nuestros gremios organizados.

¡Asquerosa Francia burguesa! Nos disponemos a asistir a tu entierro.

X.

Confesiones de un burgués inteligente

El rasgo característico de nuestra época es la concentración del capital. Después de haber aplastado a los pequeños, los grandes capitalistas, por medio de las coaliciones y de los trusts, han paralizado la acción de la competencia. Los precios del mercado y los salarios están establecidos de un modo arbitrario; los obreros y el público no pueden reaccionar; los truts serán cada día más numerosos en el porvenir y su influencia sobre los poderes públicos será cada día más irresistible.

Impulsados los obreros por el instinto de conservación, buscan también el modo de organizarse sobre bases más extensas y más sólidas, sin lo cual el capitalismo los aplastaría y caerían de nuevo en una situación material peor que la esclavitud. Los que han formado las coaliciones capitalistas parecen decididos a destrozar a todo trance las organizaciones obreras.

La magistratura se ha convertido en cómplice de las compañías; varios fallos dados en estos últimos tiempos por los tribunales federales no dejan lugar a duda. Pero los proletarios han desbaratado el juego y comprendido la significación de los sucesos que se han producido desde hace algún tiempo: la careta del patriotismo, bajo la cual se quiere disimular los intereses de clase más egoístas, no engaña ya a nadie.

Si los proletarios no aciertan a defenderse su porvenir está comprometido, las condiciones del trabajo será cada día peores; pero debilitando cada vez más los recursos de los trabajadores, se restringe también en proporción la fuente de los productos americanos; el valor de los establecimientos industriales, así como el de los ferrocarriles, se reducirá poco a poco a una tercera parte, a una cuarta parte del valor actual; de modo que el capitalismo habrá preparado por sí mismo los elementos de su ruina.

J. ALTGELD.
Ex gobernador de Illinois.

La Plata

CARPINTEROS, EBANISTAS Y ANEXOS

La situación de este sindicato no puede ser más floreciente. Agrupa hoy en su seno a la totalidad de los trabajadores de la industria local y las condiciones de trabajo rigen estrictamente.

Entre las mejoras obtenidas en el último movimiento, merece citarse las 44 horas, cuyo resultado hoy palpamos, es una mejora del todo beneficiosa, pues ha provocado una gran demanda de obreros.

La C. A.se preocupa hoy de realizar una intensa agitación contra una iniciativa patronal de habilitar a los personales de los talleres. Esta iniciativa, cuyo propósito se adivina, ha merecido el más enérgico repudio en una asamblea que se efectuó para tratar el asunto.

Se tomó una resolución que fué repartida entre los asociados.

El proyecto patronal fué descartado.

La C. A. ha aplicado un correctivo a tres asociados, consistente en el pago de 14 cuotas atrasadas, porque estos "compañeros" trabajaron una temporada en su domicilio y después ingresaron de nuevo en el taller, de donde se habían retirado para traicionar a sus demás compañeros.

El estado en que se encuentra hoy el sindicato y la adhesión al mismo de parte de los personales de talleres, permite imponer a todo nuevo asociado el pago de tres a cuatro meses, en concepto de ingreso.

Son varios los que se han visto en la obligación de hacer efectivo el pago so pena de ser suspendidos del taller.

LA SECRETARIA.

Las revoluciones burguesas y socialistas

La tarea principal de las masas trabajadoras en las revoluciones burguesas estuvo reducida a llevar a cabo la obra negativa y destructiva: la destrucción del feudalismo y de la monarquía por derecho divino. La obra positiva, reconstructiva, de organizar una nueva sociedad, la llevó a cabo la minoría pudiente de la burguesía. Y esta obra fué llevada a cabo con una cierta facilidad, a despecho de la resistencia de los trabajadores y campesinos más pobres, no sólo porque esa resistencia de las masas explotadas de entonces, a causa de su ignorancia, era extremadamente débil, sino debido a que la guerra organizadora fundamental de la sociedad capitalista — caóticamente constituída — contaba con el desarrollo natural, extensivo e intensivo del mercado nacional e internacional.

En cambio, en toda revolución socialista la tarea principal del proletariado y de los labriegos más pobres — y, por ende, también en la revolución socialista de Rusia iniciada por nosotros el 7 de noviembre de 1917 (1)—consiste en la obra positiva y constructiva de establecer una red extremadamente delicada y compleja de relaciones nuevamente organizadas que enlacen la producción y la distribución sistemática de los productos necesarios para la existencia de millones de personas.

El feliz resultado de una revolución socialista depende del trabajo creativo, original, histórico de la mayoría de la población y especialmente de la mayoría de los trabajadores.

La victoria de la revolución socialista no podrá nunca estar asegurada si el proletariado o los campesinos no manifestaran conciencia, idealismo, autosacrificio y más que todo bastante tenacidad. Con la creación de un nuevo tipo de organización — el Soviet — que ofrece a las masas oprimidas la oportunidad de participar activamente en la libre construcción de una nueva sociedad, nosotros sólo hemos resuelto una pequeña parte del difícil problema.

La dificultad principal está en el campo económico; aumentar la productividad del trabajo, establecer el control y una contabilidad severa y general de la producción y de la distribución y al mismo tiempo socializar la producción.

Nicolás LENINE.

(1) El 7 de noviembre es la fecha del feliz golpe de estado de los bolshevistas. El gobierno de Kerensky fué obligado a abdicar aquel día y el gobierno del Soviet se instituyó en su lugar con los jefes bolsheviques Nicolás Lenine y León Trotzky a la cabeza.

Casas en conflicto con el Sindicato

FRANCISCO INNAGO, Paraná 720.
ANGEL DAMIASO, Paraná 793.
GABRIEL TARRIS, Sáenz Peña 647.
BARTOLO LANATTA, Belgrano 2233.
JUAN MONGELLI, Cochabamba 3340.
SALVADOR BURGIO, E. Unidos 2148.
JOSE GUIRALTE, C. Pellegrini 856.
ZARINSKY HNOS., Pavón 3761.
SUGOLOVSKY S., Humahuaca 3853.
JAICHENKO HNOS., Díaz Vélez 4064.
JUAN FERRARI, Roseti 947.
POMERANZ y Cía., Rawson 747.
CHERCOFF e HIJOS, Sarmiento 3851.
GUTIERREZ JOSE, Gral. Urquiza 1660.

Kropotkine habla a los Británicos

Los obreros del mundo civilizado y sus amigos de las otras clases sociales, deben de obligar a los gobernantes de sus respectivos países a abandonar completamemnte la idea de una intervención armada en los asuntos de Rusia, sea cual fuere la causa que la motive o el colorido que se le quiera dar.

Rusia está viviendo días memorables para la historia futura del mundo; está viviendo entre las llamas de una Revolución de mayor profundidad y de más importancia histórica de la Revolución Innglesa (1639-1794) y de la Revolución Francesa (1789-1794).

La triste suerte que le cupo a la santa alianza le caberá igualmente a los aliados de hoy para la crítica histórica del futuro. Hoy ninguna nación ha querido llevar sobre sus espaldas el peso fatal de la grave responsabilidad que pesara sobre la Gran Bretaña, Prusia, Austria y Rusia, al ir contra los sagrados derechos de los princicios generosos que engendró la Revolución Francesa.

El bolshevikismo es una necesidad histórica determinada por la imposibilidad de hacer del mundo un "Edén enmunista", puesto que aún no se ha operado la Revolución de las conciencias.

El estado ruso no puede ser intransigente con los gobiernos burgueses y capitalistas del mundo, porque no cuenta más que con su propia fuerza y con la fuerza aislada de los grupos dispersos de los obreros conscientes de todas las naciones.

He aquí el por qué de una diplomacia internacional bolsheviki, el por qué de un ejército disciplinado, el por qué de la conservación del oro en la caja del Estado Ruso.

Cuando la unión de todas las fuerzas obreras sea un hecho, el comunismo universal y amplio se impondrá.

Ese comunismo propagado por anarquistas y socialistas después de las doctrinas de Roberto Owen, de St. Simon y Fourier, ha impuesto la actual dictadura del proletariado, y todo obrero y todo ciudadano consciente debe prestarle su apoyo inncondicional, porque el actual Estado Ruso tiende a preparar la futura transformación social de todos los estados organizados sobre la base de la explotación del hombre por el hombre.

El Estado bolsheviki no es más que un accidente de la Gran Revolución Social. Un accidente favorable a los principios básicos que lo componen.

Pedro Kropotkine.

COMPAÑERO

La Asamblea General del gremio ha resuelto en oportunidad que la Comisión Administrativa fuese poniendo en práctica el sistema del pago en Secretaría por los mismos asociados, a fin de abolir los cobradores.

Para hacerle efectiva esta resolución, no basta haberla votado; es necesario que usted concurra a pagar puntualmente, como corresponde a todo buen asociado. Hasta hoy no concurre sino una pequeña cantidad de socios a cumplir con esa obligación.

Trate usted de sumarse a ellos y habrá materializado el propósito de la Asamblea, que es el de todos.

No olvide que los acuerdos para que sean tales deben de practicarse.

En consecuencia, venga usted a cotizar en Secretaría, e incite al compañero de taller a que haga otro tanto; pues con ello habrá ganado dos cosas provechosas: en primer término, una sensible economía para la caja social, y ne segundo término, se ha vinculado a sus compañeros en el Sindicato.